Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L | San José, Costa Rica | 1958 | Mayo | Nº 5

Año 36 — Nº 1185

Mis Recuerdos de Juan Ramón Jiménez

Por *Luis Alberto SANCHEZ*
(Envío del autor)

Mis primeros recuerdos de Juan Ramón Jiménez datan de 1916; mi conocimiento amistoso de él, sólo de 1951. Lo primero se lo debí a mi amigo Eloy Espinoza Saldaña, con quien no he saldado aún tal cuenta; lo segundo, a mi mujer.

Los Días de «Colonida»

En 1916, estaba de moda el Paseo Colón, en Lima. Por la tarde, hacia la hora del véspero, se poblaba de carruajes y peatones. Naturalmente, nosotros, los estudiantes estábamos entre los últimos. Cerca, como antesala, brindaba la sombra de sus viejos ficus y sus bancas rústicas, en torno a un Neptuno imbatible, el Parque de Neptuno. Allí se reunían Valdelomar y sus admiradores y compañeros a cambiar frases ingeniosas, lecturas de cuentos y poemas, planear revistas literarias y divulgar chismes políticos. Yo cursaba mi último año del Colegio de los Sagrados Corazones, pero mis amigos estaban ya en la Universidad. Me debatía en una intensa fiebre literaria. Leía como un desesperado, todo cuanto caía entre mis manos. Eloy, hermano de Adán, que hizo famoso el seudónimo de «Juan del Carpio», nos llevaba la ventaja de disponer de la selectísima biblioteca de aquél. El fué quien nos dió a leer «Arias tristes» y «Jardines lejanos», en unas ediciones pulquérrimas, en cuyas primeras páginas se registraba una pieza musical. Ahí aprendimos el sortilegio de los «malvas», «rosas», «resedas», «parques», «alamedas», «lunas», «pianos», «boscajes», que alimentaban los ensueños de Juan Ramón. Era el año de la muerte de Rubén Darío, de que nos alivió la presencia de Jiménez. No lo habría éste pedido mejor: cruzarse en el camino de Darío, a quien amó tan tiernamente y a quien celó sin duda. Desde entonces tuve en los oídos y la retina la vaga música y los suaves paisajes de Juan Ramón Jiménez.

> **Sorprendió** la muerte a don Joaquín García Monge el 31 de Octubre 1958 a los 77 años de su vida.
>
> Devotamente ponemos en sus manos la última selección de lecturas que el Maestro «hasta el fin de sus días» compuso para los lectores que en tantos sitios apreciaron su original y esclarecida guía.
>
> Sin par «Promotor de Cultura» fué!
>
> El presente tomo se terminará con un número especial el 20 de Enero 1959, aniversario de don Joaquín, editado por su hijo.
>
> E. G. C.

J. R. J. en Puerto Rico

En 1951, profesaba yo en la Universidad de Puerto Rico. El Rector Benítez, el mismo que, con fineza ejemplar me anunció por cable el deceso de Zenobia, primero, y de Juan Ramón, después, nos había anunciado como inminente la llegada del poeta. Nos habíamos cruzado en Buenos Aires, sin vernos, dos años antes. Como Juan Ramón era tan difícil, tan delicado y áspero a la vez, y como yo dispongo de cierta capacidad de premonición, me parecía que no íbamos a simpatizar. Creo que no me equivoqué del todo. Pero, mi mujer, por intermedio de Zenobia, de quien fuera amiguísima, nos acercó. Fuimos juntos a verle, una tarde en su casita de Santurce. Estaba Juan Ramón de blanco: traje, camisa, corbata, rostro y, aunque tachonada de ceniza, las barbas. Los ojos brillaban profundos y penetrantes. Ojos de niño, afiebrados. Nos ofreció una bebida fresca que él mismo fue a traer de la refrigeradora, mientras Zenobia disponía de otro agasajo. Hablamos de América, claro. El me dijo que nuestro mejor descubrimiento literario seguía siendo para él, la prosa modernista y el cuento. Yo le referí que estaba en conversaciones con Jorge Mañach y con Carlos Bousoño, indistintamente, para hacer una antología del ensayo y de la prosa literaria modernista, respectivamente. Aplaudió la idea, con sus naturales reticencias. Como decía un amigo común: «Cuando Juan Ramón hablaba mal de algo, lo hacía muy bien». Lo hizo optimamente.

Después nos tratamos más. Zenobia acudía a menudo por mi barrio, para irse de compras con Rosa, y se entretenían en hablar de las mil cosas inaccesibles de que suelen hablar las mujeres. De cuando en cuando Juan Ramón, que acompañaba Zenobia en el auto que ésta guiaba, me daba audiencia. Lo hacía con dulzura y señorío. Empezamos a ser amigos.

La Muerte amiga

Pero, Juan Ramón vivía obsesionado por la idea de la muerte. Eso tenía muy larga data. Don Luis de Zulueta, que le conoció en Madrid, allá por principios de siglo, es decir, cuando el poeta tenía veinticinco años me refería que ello fué en el consultorio de un médico, al que el joven recién llegado de Moguer y de París, iba a consultar a propósito de una real o supuesta enfermedad al corazón, de que mentalmente no se curó jamás. Una de las más peregrinas anécdotas de Jiménez se refiere a esa obsesión suya, y a la presencia en su Casa de Huéspedes de la Universidad de Puerto Rico, del poeta y filósofo chileno Luis Oyarzún. Pero habrá tiempo de referirla. Mientras tanto, Zenobia desmejoraba. Mi mujer me dijo un día

que la iban a operar en un hospital de la Isla. Con su inagotable generosidad, Rosa acudió temprano a la clínica mientras yo me dirigía a mi clase. De vuelta, me contó las impresiones de Juan Ramón. Si mal no recuerdo, los médicos habían diagnosticado un tumor a Zenobia. Sus dimensiones y condición exigían operación inmediata, y en el hospital especial de Massachussets, cerca de Harvard, donde fueran operados, tardíamente, Pedro Salinas y Amado Alonso. Juan Ramón, incapaz de resignarse y de dar una explicación prosaica, atribuía todo al clima: «Aquí, en el trópico, todo crece desmesuradamente: echa usted una semilla y se le vuelve enseguida árbol; tiene usted una enfermedad, y se le vuelve un mal terrible; este clima es siempre exagerado». No tardé en ir a visitarles. Juan Ramón estaba más reconcentrado que nunca. Supo que yo me iba a Chile, de vacaciones, a operarme de cataratas. Me llamó la atención su interés por dictar mi curso sobre Modernismo. Me pareció estupendo. Después supe que en vísperas de que Federico de Onis se incorporase al claustro puertorriqueño, en la misma cátedra, Juan Ramón había dictado varias lecciones cuya teoría pugnaba con las de don Federico, que celebró con buen humor la intencionada y brillantísima interferencia.

Zenobia tuvo que irse a Boston. Juan Ramón, replegado de pena, se sentía morir, a causa de su herido corazón. Los médicos le tenían prohibido correr y subir escaleras. Llegó la mañana en que partía el avión de Zenobia. Al regreso del aeropuerto de Isla Grande, mi mujer me trajo un reveladorísimo chisme del poeta. Había ido éste hasta el lugar de partida llevando un clavel, sólo un clavel, a Zenobia. Y cuando ella traspuso la puerta que da al campo, él, sin acordarse del corazón ni de nada, corrió como un niño al observatorio de los altos (unos buenos 40 peldaños, empinados) para verla partir. Abajo le esperaban todos sorprendidos y consternados de la hazaña. El se dió cuenta entonces de su atrevimiento, y empezó a acezar fatigosamente. No era un enfermo imaginario, pero, sí, un enfermo con muchísima imaginación.

La víspera de nuestra partida, ya de vuelta Zenobia, sentenciada a dos o tres años de vida, quiso Juan Ramón llevarnos un ejemplar de «Platero y yo», firmado por él, para corresponder a las atenciones de Rosa. Ya nos había obsequiado con otros libros suyos autografiados. Llegó la hora de salir, y no había llegado el libro. Dos años después supimos que él lo había tirado por la ventana, pero nadie sabe quién lo recogió. Sería prodigioso que el apresurado captor de aquella joya, hoy más que nunca insustituible, leyera estas líneas y sintiera tocado su corazón. No lo espero.

Más tarde, en 1955, volvimos a vernos, muy de paso. Zenobia no podía salir tanto ni manejar su auto. Juan Ramón iba sintiéndose huérfano de día en día. Hablamos de un automóvil a otro, pero ya no se reanudaron aquellas largas charlas de años pasados, en que, entre reticencias y medias palabras, celebrábamos severos procesos a los escritores de su tiempo y del mío. Recuerdo que me expuso su plan de coleccionar toda su obra, pero empezando por la producción más reciente y terminando por la más antigua. Hubo una breve referencia al episodio de Georgina Hubner. Fué muy de soslayo, y sentí que a Juan Ramón le escocía aún la irreflexiva crueldad de aquel grupo de escritores jóvenes peruanos, que le hizo objeto de tan impensada befa. Llegó a pensar que todos los peruanos éramos para Juan Ramón, un poco cómplices del amargo caso . . .

Ahora, cuando un cable de Benitez me dió cuenta del fallecimiento sólo atiné a escribir veinte líneas de las que despierto ahora. Me han dicho que muchos quisieran conocer mi opinión sobre el poeta: apenas puedo todavía describir mi recuerdo del hombre.

Significado de su lírica

¿Qué significa Juan Ramón Jiménez en la lírica del idioma? Es en la magnífica «Antología» de Onis (1934, no la de 1956) donde este significado aparece con prístina claridad. De los numerosos y excelentes poetas ahí seleccionados, sólo dos reciben el honor de una sección especial: Rubén Darío y Juan Ramon Jiménez. Acertado paralelo. Si bien es cierto que a Rubén corresponde la primacía (había nacido en 1867, y fué determinante en la vocación de Juan Ramón, según se desprende del epistolario de ambos), le corresponde a Juan Ramón (nacido en 1881, es decir, catorce años después), el haber retorcido el cuello a la elocuencia, según el consejo verleniano, y abierto la vía a un arte asordinado, de mediostonos, crepuscular y sutil, inapto para la oratoria. Ya lo decía el poeta andaluz: Rubén trajo el parnasianismo, Machado y yo el simbolismo. Cierto, pero sólo en parte. El Rubén de «Cantos de vida y esperanza» (1905) había quebrado su amistad con la grandilocuencia, aunque todavía conservase metálicos acentos en sus odas a ciertos personajes de la vida real. (Roosevelt, el Rey Oscar, más tarde Mitre).

Juan Ramón señalaba como ineludible la impronta de Gustavo Adolfo Bécquer, en su poesía. No del Bécquer usual, sino de ese otro Bécquer secreto, de que con tanto acierto ha escrito Enrique Peña Barrenecha en un estudio no concluído aún según me parece. Bécquer, quizás el usual antes que el secreto, preside los primeros pasos de la poesía de Darío, según se ve en «Abrojos» y aún en «Azul» (1888). Más, de seguro, Jiménez recogió ese no bien explicado mensaje becqueriano, que puebla la poesía de seres fantásticos y huye de la rima como de un feo estribillo.

La obra toda de Juan Ramón cumple con las apenas pespuntadas indicaciones del sevillano padre de las «Rimas». Fué y es una poesía de matices y esguinces.

La «Tercera Antología»

Tenemos a la vista su «Tercera Antología Poética» (Madrid 1957), que lleva como cifras indicadoras las de 1898 y 1953,y un retrato por Sorolla, de Zenobia Camprubí Aymar. Cubre toda la órbita que media entre el volumen «Poesía» (1898) y «Ríos que se van» (1953). Son 39 libros los ahí seleccionados. En el prólogo expone Juan Ramón su criterio sobre su arte, reproduciendo lo ya dicho a don Manuel Morente, casi cuarenta años atrás: «¿Qué es entonces sencillez y qué espontaneidad? Sencillo entiendo que es lo conseguido con los menos elementos; espontáneo, lo creado sin «esfuerzo». Pero es que lo bello conseguido con los menos elementos sólo puede ser fruto de plenitud, y lo espontáneo de un espíritu cultivado no puede ser más que lo perfecto . . . La perfección en arte es la espontaneidad, la sencillez del espíritu cultivado».

Más, he aquí el prodigio: la primera composición de Juan Ramón es ya perfecta, por sencilla, espontánea y plena. Dice así — y data de 1898.

Alba

Se paraba
la rueda
de la noche . . .
Vagos ángeles malvas
apagaban las verdes estrellas.
Una cinta tranquila
de suaves violetas
abrazaba amorosa
a la pálida tierra.

Suspiraban las flores al salir
de su ensueño
embriagando el rocío de esencias.
Y en la fresca orilla de helechos
rosados,
como dos almas perlas,
descansaban dormidas
nuestras dos inocencias
—¡oh qué abrazo tan blanco y
tan puro!—
de retorno a las tierras eternas.

Es increíble casi. Pero, los tonos, colores, melodía, obsesión, suavidad, sencillez, que aparecen en estos versos de los 17 años, mantendrán su vigencia, quintaesenciándose hasta los que escriba a los 77, o sea, sesenta años después. Pero, sin monotonía, entiéndase, con esa incomparable e insustituible frescura del verdadero poeta, Después vendrá la gracia a acrecentar esos logros. Vendrán las maravillosas acuarelas de sus Parques, donde cada palabra responde a un deber estético, donde cada adjetivo se ajusta como la piel al hueso, transparente y vivaz.

Y allá sobre las magnolias
en el traslúcido cielo
de la tarde, brilla y tiembla
una lágrima lucero.
El jardín vuelve a sumirse
en melancólico sueño,
y un ruiseñor, dulce y alto,
gime en el hondo silencio.

O esta suavísima queja de «Nocturno»:

¡Qué triste es llorar, sin ojos
que contesten nuestras lágrimas,
estando toda la noche,
como unos ojos mirándolas!

O esa endecha de ternura infantil

Y me ofreció su mejilla
como quien pierde un tesoro.

Esta sencillez prístina y precoz, plenitud de maestro, devuelve al romance español toda su esplendidez íntima, sacándole de los ruidos bélicos a que nos habituó el romance del Cid. De donde brotan, naturalmente, el de Jorge Guillén y el de García Lorca, verdad que aquél más abstracto y éste más pintoresco, pero ambos siguiendo el compás invisible de Juan Ramón, a quien, más tarde, (ya en «Laberinto», de donde eliminará la Elegía a Georgina Hubner) ganará el ritmo de su época, el alejandrino modernista, tan parecido al francés y tan distinto del de Berceo y su descendencia.

El creador de estilo

Dentro de su molde, Juan Ramón halla variantes sustanciales. No es el suyo el drama del escritor, que crea un estilo y se hace sudario de él. Juan Ramón busca perennemente, como que vivió en perenne poesía. Zenobia, dicho sea de paso, ella tan poética también, le sacrificó su lirismo para darle la prosa necesaria a aquel «dulce y alto» ruiseñor que no cesó de cantar un solo día. Por eso Jiménez acierta con toda forma poética, y da al hai kaiun temblor único, menos pictórico más intenso que el de Tablada y los imitadores del Japón. Por ejemplo:

Amor

Ten cuidado
cuando besas el pan.
¡Que te besas la mano!

Nada más, y está dicho todo y más que todo, pues llega a lo más profundo.

Y este otro: poemita de «Eternidades».

Cierra, cierra la puerta
como a ella le gustaba . . .
¡Que se encuentre a su agrado
su recuerdo!

Este gozo de crear y esta maestría simplísima se mantiene hasta el último poema de la «Antología», en que borda sin cesar el tema de Zenobia y el color de oro de sus cabellos:

Mientras que yo te beso, su rumor
nos da el árbol que mece al sol
de oro,
que el sol le da al huír, fugaz tesoro
del árbol que es el árbol de mi
amor.
No es fulgor no es ardor, y no es
altor
lo que me da de ti lo que te adoro,
con la luz que se va; es el oro, el
oro,
es el oro hecho sombra; tu color . . .
El color de tu alma: pues tus ojos
se van haciendo ella, y a medida
que el sol cambia sus oros por sus
rojos
y tú te quedas pálida y fundida;
sale el oro hecho tú de tus dos ojos
que son mi paz, mi fe, mi sol: ¡mi
vida!

Camino desde Juan Ramón

De la poesía de Juan Ramón, partieron, como de la de Rubén, diversas tendencias. En el Perú, la promoción que debió ser la modernista, la de José Gálvez, «Juan del Carpio», «Alejandro Herrera», y José Lora y Lora, el propio Ventura García Calderón, no eludió el impacto de la poesía jimeniana. Pero, ya alto el sol de este siglo, en Colombia, un vasto movimiento poético, el de los «piedracielistas» arranca de un libro de Juan Ramón: «Piedra y cielo», datado en 1918. Caracteriza ese libro la extrema simplicidad. Canciones breves, compendiosas, donde una figura arrebata pensamiento e intención, dejando vibrar como una espada su golpe, vivo el resplandor de la estocada. Uno de esos poemas, el titulado «El Poema», dice nada más que así:

¡No lo toques ya más,
que así es la rosa!

Consejo falaz, que Juan Ramón retocó siempre y cada día sus versos, comunicándoles en cada ocasión el nuevo mensaje de concisión, rica de significados, que le venía de lo alto y de lo hondo.

Pocos poetas han sido más fieles a su misión Juan Ramón no habría tam-

poco podido intentar ningún otro camino. Fué el suyo, destino del iluminado y sentidor. Traductor de acideces a lenguaje de suavidad, intérprete de lo aciago para ditibundios y delicadísimos. Poesía, a ratos, según la frase de ajena aplicación, como «tela de araña para cazar huevos de moscas», pero, no: de mariposas.

Todo lo que debemos a Juan Ramón se queda en el umbral o traspuerta de este artículo. Habría aún que hablar de su prosa, y de ese inolvidable y ya clásico «Platero y yo», y de sus «caricaturas líricas», como las de «Españoles de tres mundos», y sus apólogos. Y sus conferencias. Mas en todo ello andaba siempre diluído y presente, alerta, el poeta. Su prosa, como su poesía, era poética e inventaba vocablos, con habilidad de patrón. A ratos, en su afán de buscar una poesía aséptica y parca, fué injusto.

Una frase suya («nerudones y chocaneros») queda inscrita en el preámbulo de una antología que él presidió. Le molestaba el ruido, le enfurecía la poesía al servicio de otra cosa que no fuese la misma poesía. Le entusiasmaban los jóvenes, en afán magisterial del que no abdicó nunca.

Ahora, después de largo y al cabo voluntario exilio, de veintidós años, ha vuelto a la patria, yerto ya, y siempre al lado de Zenobia. Pareja simbólica para todos los poetas de hoy y de mañana, como la de Paolo y Francesca, de Abelardo y Eloísa, de Dante y Beatrice, de Petrarca y Laura. Días vendrán en que, como al Pére Lachaise de París, los enamorados emprendan romerías sobre la tumba de Juan Ramón y Zenobia. Homenaje exacto. Exactamente poético. Como lo hubieran querido los dos.

Lima, 1958.

CRUCERO DEL SUR

POESIA PERSA

Por *José R.* CASTRO

(En *Rep. Amer.*)

Mi visita al Ministro de Irán, Mahomud Foroughi, para retribuir a la suya de «tournée», se convirtió en una agradable y encendida conversación en torno a la poesía oriental, y a la persa, en particular. Después de haber hablado de Khalil Gibram, de Rabindranat Tagore, y de otros inspirados aedas de aquellas tierras, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, distantes pobladores del Mediodía, gracias a generosos traductores, nos trasladamos a su misterioso país, rico en tradiciones y leyendas, embrujado en un mito de siglos, aureolado de poesía y de exotismo . . .

Persia, la antigua Persia bautizada así por los griegos, hoy se llama Irán. Su capital es Teherán, con dos millones de habitantes. Hay otras ciudades de importancia comercial y turística, como Isfahan, Tabrizm, Néched y Chiraz, todas ellas con más de medio millón de pobladores cada una. Irán llamaron a su patria, desde tiempo inmemorial, los pueblos indoeuropeos. Dos mil años antes de Cristo se establecieron en el altiplano iranense los nuevos habitantes que más tarde se transformaron en indoiranianos. Comprendían numerosas tribus, siendo las principales las de los medas, persas y partos y su conglomerado se llamó siempre Irán. El fundador de la actual dinastía reinante fué Reza Shah, el Grande, y su actual monarca es Mahomed Reza Phalevi, de treinta y ocho años.

Ya instalados en territorio persa, hablamos de los poetas iranianos, y el primer nombre que se me viene a la memoria es el de Omar Khayyan, nacido en la ciudad de Naishapur, situada entre los burgos de Shahrud y Mashad. El Ministro Foroughi nos saca de un gran error, mantenido durante toda una vida, sobre la importancia para Irán del poeta de Naishapur:

—«Omar Khayyam —nos dice— es considerado entre nosotros como un poeta de segunda categoría, un poeta popular cuyas coplas y canciones andan en labios de los hombres comunes. La figura de Khayyán es más conocida en Persia, como matemático y filósofo. Fué considerado como un verdadero genio del álgebra, de la geometría, de la goniometría, de la trigonometría . . . Mas, como poeta pertenece a un segundo plano . . . »

«Los poetas más grandes de Irán son, en primer término, Hafiz, llamado el poeta del amor; Saadi, considerado como el cantor de la moral, Ferdowsi, el gran poeta épico y Molavi, conocido como el poeta filósofo, especialmente en el dominio del sofisma . . . »

«Goethe, continúa, que estudió como ningún otro europeo lo había hecho antes y como ninguno lo hizo después, la poesía persa, publicó una obra de traducciones al alemán de Hafiz de Chiraz, llamada «Diván de Oriente». «Diván» es una palabra persa cuya traducción al español sería la de «Obras Completas».

También tuvo nuestro luminoso interlocutor palabras de recuerdo para el gran poeta, médico y filósofo Avicena, cuya tumba en Hadaman es uno de los más hermosos monumentos levantados por un pueblo en memoria de un gran hombre . . .

Luego la conversación se anima con anécdotas alegres, y recordamos la más reciente, del propietario armenio americano que debiendo la prosperidad de su fortuna a las ganancias de su restaurante de San Francisco de California, llamado "Omar Khayyán", quiso ir a Persia a erigir un gran monumento sobre la tumba del poeta. Arregló sus valijas y partió en largo viaje. Pero a su llegada se encontró que en la tumba de Omar Khayyán había ya uno de los más hermosos túmulos de Oriente. Y regresó un poco triste, pero también un poco alegre, por su intención de agradecer al dueño de aquel nombre que lo había hecho rico y famoso en los Estados Unidos.

Hablamos del «Avesta», el libro sagrado del profeta Zoroastro, de Darío y de Ciro y de todos los nombres gloriosos que resplandecen en las páginas de la historia del mundo, de aquellos grandes guerreros que batallaron por el derecho de conquista, hasta llegar a lo que es ahora el Irán, uno de los países más ricos y progresistas del Oriente, con un gran presente y un mejor porvenir . . .

Pero sobre todo, hablamos mucho de su embrujo, de su poesía, de su historia y de su gloriosa tradición . . .

Tal fué mi visita al ministro de Irán, que si no escribe poesía, la cultiva con el mismo fervoroso afán con que la enaltecieron los más grandes poetas de la Persia inmortal, luminosa y fantástica . . .

José R. CASTRO

Río de Janeiro, agosto de 1958.

De la Amistad

Por el Lic. *Alfonso Francisco* RAMIREZ

(Envío del autor)

Cuentan que Enriqne Heine, aquel «ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire», en una melancólica tarde otoñal en París, cuando el viento desprendía las últimas hojas de los castaños, arremolinándolas en las solitarias avenidas del Luxemburgo, y el mal que le llevó a la tumba le atenaceaba el pecho, murmuraba a un confidente: «La admirable amistad, el amor inmortal, el verdadero fundamento de la filosofía, son cosas preciosas que he buscado siempre, y no he encontrado jamás». Antes, el príncipe de los oradores sagrados de Francia, ya en los umbrales de la vejez, agobiado de laureles y dolencias, exclamaba en un dejo de amargura: «Nuestras amistades se van con los intereses y con los años».

Más afortunado que Heine y más dichoso que Bossuet, yo sí encontré la Amistad y siempre he tenido amigos a mi lado. La conocí en los claros años de mi niñez. La vida en flor se entreabría empapada en rocío de cielo y tintas de alborada. En el inocente bullir de la escuela, entre risas de cristal y aleteo de pájaros, nacieron afectos que el tiempo fué modelando hasta imprimirles firmeza diamantina. Algunas de aquellas criaturas alcanzaron la gravedad de la edad adulta; otros se embarcaron tempranamente hacia el misterio, pero desde allí continuamos el diálogo balbuciente, bajo las altas horas de las noches estrelladas.

Volví a hallar la Amistad en las horas doradas de mi adolescencia y de mi juventud. El abril florido engalanaba los jardines con sus más frescas rosas, zureaba la torcaz en el abrigo de las frondas y el agua de las fuentes se deslizaba entre los jazmineros, musitando su canción de amor. La ilusión encendía el alma y la novia, casi irreal, era un iris de gloria en la cascada de los versos. Pero los libros me fascinaban también con una elocuencia, que se iría transformando lentamente en inefable comunión. Era el asomarse medroso a los grandes problemas que han inquietado la inteligencia humana, los primeros contactos con los sistemas filosóficos y las doctrinas de los pensadores inmortales.

Vino en seguida el estudio del Derecho. La contemplación de profundas cuestiones éticas, jurídicas y sociales, en un mundo en transformación. La vocación que afinaba sus perfiles, bajo el signo de la responsabilidad. Los primeros destellos de la política que se hacía oleaje en la calle, y serenidad en las páginas magnificentes de los textos. En estos años inolvidables, brotaron simpatías imperecederas. Compañeros que fraternizamos en los más nobles ideales, en las más románticas empresas, en los más locos sueños de porvenir. Maestros que me dispensaron los tesoros de su sabiduría, y me enseñaron los secretos de la tolerancia y del perdón.

Y vinieron los días severos de la madurez. En ellos encontre también al Amigo. En medio de los arduos afanes profesionales, en la cátedra, en el periodismo, en la convivencia social. Su palabra afable resonó en mis oídos: en los momentos de luz y en las horas sombrías, en la adversidad y en el dolor, en la enfermedad y en los instantes amables decorados por las burbujas del champán. Tuve entre las mías manos francas y sinceras, en las jornadas candentes de la lucha cívica, cuando la Cámara de Diputados se transformó en hirviente crisol de pasiones y la sombra del peligro se proyectaba siniestramente sobre el haz de la República.

Más tarde, encontré la Amistad entre mis compañeros los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, todos ellos espejo de caballeros, paradigma de amigos, ejemplos de pulcritud espiritual.

Y, hoy y siempre, en el corazón de la gente sencilla de Oaxaca, que me ha brindado la suavidad de su hogar y la fragancia de su cariño.

Por consiguiente no soy, no puedo ser un escéptico que dijera con el poeta español: «Por cada rosa que tu vista encante— cuántas espinas herirán tu pie; — por un amigo fiel, bueno y constante,— cuántos traidores burlarán tu fe!» Yo puedo afirmar: si alguien me engañó, no lo he sabido; si me lo señalaron, no lo recuerdo.

Soy un creyente de la Amistad. Y esta convicción se depura y abrillanta en esta ocasión, en que gentiles damas y cumplidos caballeros aquí reunidos, inmerecidamente me hacen objeto de su distinción, con motivo de la publicación de mi libro «Antología del Pensamiento Político». Todo el mundo es capaz de simpatizar con las penalidades del amigo, escribía Oscar Wilde; mas para simpatizar con sus éxitos, se necesita una naturaleza singularmente delicada. Tal acontece ahora, en que con exquisita elegancia espiritual, unen ustedes su alegría a mi íntima satisfacción.

(Concluye en la siguiente página)

POEMA 20

A Inés

«¡De la rama desierta de su pelo!»
R. E. Molinari

Imaginándote venir así, rumbo a la cita,
fresca de años, pura,
sabiente de mi cariño, novia,
imagino no sé qué temblor en tu cuerpo,
no sé qué calor en tus manos,
una alegría de cabello mojado y peinado,
un rayo de miedo que atraviesa tus pechos,
un entremezclar de dedos en la larga espera.
Adivinándote venir así, rumbo al encuentro,
te imagino más en el aire
que sobre las baldosas de las veredas,
cuando vienes así, llena de amor y de miedo.

Fernando Pedro ALONSO

Buenos Aires, 1958

Cómo no he de afirmar el credo de mi vida entera, ante esta manifestación tan afectuosa. Con profundo reconocimiento he escuchado las emocionadas frases de Ofelia Montiel de Castro, honra y prez de las letras oaxaqueñas; de Fernando Magro Soto, tribuno elocuentísimo y vigoroso pensador; de Salomón Kahan, elegante orador y fino comentarista; de Salvador Mendoza, erudito y galano que me han deslumbrado con la pedrería de sus elogios.

Este acto reviste trascendencia, en su cordial sencillez, no porque se trate de mí, desde luego; sino porque significa la vigencia de valores espirituales y morales, en un momento en que presenciamos a la bancarrota de conceptos consagrados por siglos de civilización, bajo el gesto de ariete del más insolente imperialismo. Ya es mucho que se celebre la aparición de un libro, cuando comunmente las alabanzas se reservan para el torero, el boxeador, la vedette, en tanto el suceso cultural queda sepultado en el silencio. Pero especialmente, porque evidencia el triunfo de la Amistad, suma de afectos más puros que pueden ligar a los hombres. Ya Cicerón estimaba que era el don más grande que los dioses podrían conceder a los mortales.

Mas la amistad, en sus más hondas esencias, es magnificada por Aquel que fué crucificado en las afueras de la ciudad y befado por la soldadesca romana desde el momento en que hace del Amigo, una categoría excelsa. En la dulzura del relato evangélico, escuchamos su voz: «Mi amigo Lázaro duerme, y yo lo voy a despertar». «Si alguno de vosotros tuviere un amigo, y fuese a estar con él a media noche, y a decirle: amigo préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje y no tengo nada que darle; aunque aquél desde dentro le respondiera: no me molestes, la puerta está cerrada, mis criados, como yo, acostados, no puedo levantarme a dártelos; si el otro porfía en llamar y llamar, yo os aseguro que se levantará al fin y le dará cuanto hubiere menester». Y en aquella hora, bajo el poder de las tinieblas, todavía puso dulzura de cielo en sus palabras al preguntar a quien lo entregaba: «Amigo, ¿a qué has venido?»

Recibo con rendido reconocimiento este homenaje dictado por el afecto y la amistad, para ofrecerlo como un ramo de siempreviva a la sombra augusta de mi padre, que desde el misterio del más allá, me envía su mensaje de esperanza y de fe; para depositarlo en manos de mi madre y de mi esposa aquí presentes, y para ofrendarlo a Oaxaca, cuya imagen se amanece todos los días en mi alma, dando luz a mi pensamiento y calor a mi corazón. Y expreso a ustedes, con mi reconocimiento eterno, mis deseos porque la vida los colme con sus más preciados dones, que les de la espiga y la flor; que Dios los bendiga con su paz, y que la felicidad los cubra siempre bajo la sombra de sus alas.

México, D. F., Mayo de 1958.

El cuento de Baldomero Lillo

En el semanario MARCHA de fecha 13 del corriente, con el No. 915, en su página 22, aparece un cuento firmado por un señor Baldomero Lillo; su título: *La Compuerta* N° 12

Si el Sr. Director tiene algunos minutos para perder lea la novela de A. J. Cronin titulada *Las estrellas miran hacia abajo.*

En la página 172 al 176 (es una copia).

Que me perdone el Sr. Lillo.

J. P. F.

N. de R.—Si el Sr. J. P. F. hubiera leído con mayor atención el No. 915 de MARCHA habría encontrado que en la página 23 se dejaba constancia de que el escritor chileno Baldomero Lillo había muerto en el año 1923. Si además hubiera hurgado en cualquier manual se habría enterado de que el cuento publicado en MARCHA data de 1904. Como la novela de Cronin: *The Stars Look Down* (Las estrellas miran hacia abajo), data de 1935, es bastante improbable que Lillo haya incurrido en plagio con una anticipación de 31 años. En cuanto al perdón del Sr. Lillo que invoca el firmante, tenemos entendido que el cuentista chileno se halla actualmente mas allá del bien y del mal.

(MARCHA, Montevideo.
Julio 4 de 1958).

Cuento en perspectiva y en gris

Carlos María CAMPOS JIMENEZ

(En *Rep. Amer.*)

...y mirando a su alrededor se dio cuenta de cómo sus pasos en el desierto iban creciendo y transformándose en dunas, pajonales y ortigas.

...y vio como su mundo comenzaba y terminaba en él, en sus ojos, en sus sueños, en los signos que trazaban sus manos.

El viento seguía cortando las palabras-sueños con sus mil cuchillos. El sol golpeaba los yunques del aire con sus martillos de arena.

...y al encontrarse solo, lloró. Y su lamento se confundió con el viento, y al escucharse-escucharlo, no podía distinguir en donde comenzaba el viento y en donde terminaba él.

Los pajonales, acurrucados en la concha del paisaje, encendían sus velas amarillas con mecheros de ortigas, de cactus, y de arcilla.

...y sus lágrimas, después de saltar por entre el barranco de unas rodillas que señalaban la dirección del eco-llegaron hasta el reino del hombre-noche, que dormía a los pies del caminante.... y al contacto de aquellas lágrimas, sucedió lo no esperado.

Las montañas lejanas iban apagando el color de sus galas. Los conejos-nubes habían detenido su carrera y comenzaban a cambiar sus orejas por las alas de los buhos.

...si... al contacto de aquellas lágrimas comenzó a despertar y a ponerse de pie el hombre noche cuya presencia ni había presentido antes, el hombre del día.

... y entonces escuchó su voz. Si era suya la propia o venía de otra parte, no lo sabria decir. Y ante su asombro, supo de él, como se sabe de las cosas cuando llegan hasta nosotros en los ojos, en las manos, en el aliento, en la arena de nuestras venas cuando despiertan los ríos del amor y del dolor.

«...Cuando existió la luz, ya existía la sombra, como la chispa que salta del carbón dormido... Si... ya se que hay mucha coeas que dices no entender... Para un niño el arco iris es un puente de luces por el que suben presurosos sus carritos de ensueño.., Para un homcre, no hay puentes en los cielos, ni hadas en el mar. Sólo cuentan las cosas que se pueden tocar.»

El cortinaje rojo. se tornó en amarillo y ahora, todo en negro, comenzaban su danza los cocuyos.

«...cuando se hizo el día, apareciste tú, hombre que sabe de las cosas mientras haya colores. Cuando llegó la noche, aparecí yo, hombre que vive entre las cosas con sus mil sabores. Al igual que la tuya, mi raza nació limpia, diáfana, sin sujeción al tiempo sin sabor de dolor. Y lo mismo que en tu historia, allá en mi Paraiso había una prohibición, ...no acercarse a la luz.»

Los chacales lejanos ensayaban un coro. Las hormigas marcaban un sendero sin luz.

«...y éramos felices. Nuestra aurora, la noche. Nuestro canto, la vida. Esa vida profunda que trasforma en arena la más bella flor, y despierta palomas entre las manos muertas de una roca perdida que no supo rodar. Hasta que un día.,. en tu cuenta, una noche, llegó hasta nuestra vida el clamor solitario de tu voz en dolor. Tus ojos sin raíces, eran peces sin velas. Tus brazos sin el vuelo, dos sarmientos sin sol. Te hicimos mil señales, te mostramos las sendas, te abrimos hondos surcos para llevarle al mar de tus propios sabores, pero huiste espantado sin podernos oir...»

Una estrella lejana buscaba su camino. La montaña dormida, soñaba que era mar.

«.. y ante aquel tu llamado, y a pesar del anuncio, cruzamos la frontera de tu mundo de luz... Nuestras hondas gargantas secáronse de espanto al ver que nuestras manos se tranformaban en hojas gigantestas, árboles sin nidos, rosas sin perfumes, espinas de sol. Al llegar a tu vera y verte tan solo, te pedimos que fueras nuestro hermano de luz. Pero tú no entendías nuestro silencio-lengua, y tu sola palabra era vagar... vagar... Sabiendo que no había remedio a tu ceguera, emprendimos de nuevo el regreso a los reinos donde hay luz, mas no sol, y entonces...»

Con el frío de la noche la arena se hizo estrella, y la roca coral.

«...y entonces... cómo contar la historia? La prohibición violada se hacía carne en el tiempo, y en la luz, como espada, se amputaron los pies... El castigo llegaba. No poder ya movernos sin usar otras huellas, sin buscar otro ser... Me comprendes ahora?... Soy otro hombre, tu sombra que vagando en tu mundo, no se puede mover!!! Si tu mueres, yo vivo. Si tu olvidas, yo no. Soy tu imagen. Conozco tu lengua y conozco el dolor de tu voz. Yo soy de tu raza y a la vez soy las razas en ser. Soy tu mundo y los mundos que tú ya no ves. Siendo eterno, mi castigo está en verte pasar,.. Ya lo ves... Algún día podrías oirme, y entender el por qué de mi ser...»

Una llama encendida se apaga en la choza que corta el paisaje allá, muy allá. En las dunas, un bulto señala lo que ayer se llamara un hombre, no más. A su lado, esperando el llamado del día, la sombra arrodillada musita su oración.

San José de Costa Rica, 24 de Agosto de 1958.

Los dinamiteros del verbo

Por *Bernardo GONZALEZ ARRILI*

(En *Rep. Amer.*)

Para «tandilero» y pese a todo su afán universal, quería al terruño de alma. No errará quien asegure que sus mejores páginas traen el eco de sus serranías — piedras, rocas, aguas, — y de sus valles «acribillados de celestes manantiales», sus arroyos «que murmuran bajo tapices de berros» y sus selvas pobladas de «pájaros aturdidores». Su cariño por la tierra se le desborda sin advertirlo. La querencia, que puede ser no más que una ilusión, brota de nosotros mismos. En la cárcel y en el destierro, el recuerdo del rincón natal llena los pechos de lirios.

Rodolfo González Pacheco nos gustó por el estilo. Nos llevaba diez años de ventaja en la edad y diez leguas de delantera en las letras, cuando nos encontramos en «Ideas y Figuras», la revista de Ghiraldo cuya sala de redacción debió ser el café «La Brasileña» de la calle Maipú, pues no conocimos otra. Por entonces — primeras hojas del almanaque de la segunda década del siglo —, los muchachos y los ya mozos, todos anarquizaban por gusto. Usaban palabras que asustaban y servían de pretexto a la autoridad, pero que en realidad no eran nada. Los «dinamiteros del verbo» formaban un batallón cuyos nombres pudieran dar la pauta de muchas cosas pasadas. Se acercaba el Centenario de la Revolución de Mayo que venía parejo con los primeros conflictos entre obreros y patronos. Se vieron dos caminos principales abiertos hacia la fecha americana: el de las ligas patrióticas, conservadoras y temerosas, y el de los grupos reducidos, rebeldes y disonantes. Los dos caminos querían conducir — ahora lo vemos — cruzando zonas distintas, hacia la libertad. Sólo que a los disonantes los solían tomar presos, seguramente para aquietarles el ánimo que andaba medio revuelto. Libertad, pero no mucha. Había unos señores que manifestaban su amor a la patria con celos de guardianes, y extremaron la nota. Sancionaron leyes poco justas y las aplicaron con las equivocaciones de la prisa. No quisieron creer que los jóvenes suelen ser sinceros y vale la pena escucharlos.

A Pacheco se lo llevaron a Usuhaia. A Ghiraldo lo encerraban cada quince días. El grupo cafeteril, lírico e inofensivo, se rompía y luego se volvía a formar. Los muchachos caíamos al grupo medio sonrientes y medio entristecidos, con las cuartillas garabateadas durante el «éxodo». Algunos traían versos del tono airado de aquellos: «Felices de vosotros los imbéciles . . . » . Otros, un drama, con el personaje consabido que se va «barranca abajo». Los más, una página con el palabrerío que intentaba ser corriente, filudo, como la prosa de Barret, breve, irónica y entradora.

Nos encantaba Pacheco por el estilo de su prosa y por el estilo de su vida.

Lo seguíamos queriendo, aunque ya no lo leíamos, cuando se fué para Cuba y México, cuando siguió para España. Nos gustaba su teatro. Nunca le escuchamos discursear; dicen que lo hacía bien, no sólo cuando leía, sino también cuando improvisaba. Debía de ser así porque era dueño del picotazo elocuente del que se vuelca sincero. Su frase «cortada como con hacha» se formaba de imágenes y de ideas, y quedaba. Era tremendo cuando mordía. Véase su página sobre La Plata y sus «carcamanes mañeros», y la que dedicó a Bahía Blanca donde todas las casas «parecen tiendas. Pero era querendón cuando elogiaba. De su llegada a Mendoza decía: «el alma se pega a la ventanilla como un muchacho a una vidriera de golosinas». Su fuerte estaba en saber inquietar. Pinchaba. ¿Qué esperan el «pelado» de México, el «roto» de Chile, el «raído» del Paraguay»?

A Pacheco lo perdimos durante muchos años. En las ciudades populosas se naufraga con frecuencia y cada barrio es una isla. Volvimos a encontrarnos casi cuarenta años después de las reuniones en la sala de redacción de La Brasileña. Ya había muerto Ghiraldo. Ya teníamos encima el despotismo de la justicia lista. Ya estábamos tordillos.

—Amigo, cómo fué eso?

Se nos había escurrido el agua de la vida por entre los dedos de la mano. Algo más quietos, en el panorama cambiante, con un asiento más bajo, pero escuchando las voces de los mismos oradores. Seguía él en su tema. Ahora ya sabíamos que por estos pagos nuestros, el que se apresura y atropella sale airoso; que se producen dos «dos deslomaduras», lo cursi y lo chabacano, pero que «lo gananciable» es lo que se prefiere. «Hay que hacer dinero, si puedes, honradamente, y si no» . . .

Venía el amigo, después de cruzar zonas terribles como la revolución española, comprendiendo piadosamente la vida, convencido de que su tesis es la que acierta, y sonriendo. Porque González Pacheco era un lírico que pensaba en los dinamiteros de la fábula con la cara llena de risa y el alma volcando bondad. Sabía machucar al poeta tropical que llegaba a Buenos Aires después de cantar loas dulzonas a algún mandón, y lo llamaba «el pardo que es dueño de una ocarina»; sabía recordar su «Pico blanco» en las tres leguas de campo pampa, parejero guapo; sabía memorar a Irineo, el cantor y guitarrero que nadie aplaude porque el efecto de su voz es para adentro y «como de agua en los terrones les esponja las entrañas».

En dos tomos juntaron la prosa de Pacheco con el nombre de «Carteles». Leyéndolos, vuelvo a encontrarlo, no como la última vez que lo ví, sonreído y canoso, sino como las primeras veces, con jopo a la oriental, elocuente y fustigador. Cuando le encontraba, en rebusca amistosa, la particularidad de los dedos largos a Florencio Sánchez y decía en su elogio la inocente mentira de que tenía el orgullo de su oficio de canastero. Cuando Pacheco volvía en derrota hallaba manera de asegurar que del fracaso sólo escarmientan los flojos. Comparaba a los caballos del pago agricultor con la humildad de los labriegos y sabía encontrarles "un cacho de cielo en las pupilas absortas"; sus cascos son sellos sobre la pampa: "firman la paz". Recordaba que una vez, camino de su tierra natal, iba con otro cruzando campo, cuando vió venírsele encima una polvareda. "Volqué el caballo y le dí la espalda". Pero el reproche del hombre, triste más que severo, me manoteó las riendas:

—No haga eso, don. ¿No ve que es su pago mismo que viene alzando los brazos?. No lo desaire . . .

De este anárquico, lírico y criollo, se puede seguir el rastro literario, la modificación ascendente de su prosa cortada, la robustez de sus frases, el filo de sus adjetivos, recorriendo esos dos tomos de prosa. Todo era para él "Carteles". Prosa de principios del siglo, de autor comparable a la de aquel que "empezando cada día gastó su vida hasta el cabo, como un hacha". La mayoría de los temas quedaron inactuales, pero el estilo, a pesar de las disconformidades que se le puedan oponer, sale al cotejo con vida y se mantiene tal cual.

Bernardo GONZALEZ ARRILI

Buenos Aires, 1958.

PAGINA LIRICA

De *Sol Rubín de la BORBOLLA*
(En *Rep. Amer.*)

DESDOBLAMIENTO

Yo soy la que te cuida
—la que te amo—
la que zurce tus calcetines
—y leo lo que escribes—
Yo, quien recibe
la distraída caricia ausente
y sigilosamente respiro, para que no despiertes.

Son los míos los ojos
en que pierdes tu mirada.
Soy yo la que paseo
sus ojos por tu cara;
te alisa el pelo,
te anuda la corbata;
la que voy ganando
minutos a mi muerte
contando una a una tus pestañas.
Yo soy la que a tu lado camino
el camino de ida y el regreso;
la que acomoda las sábanas
para que no arruguen tu espalda.
Yo soy la que oye el balbuceo
y construyo un poema de amor
con tu incoherencia.
Yo soy la playa que viaja en tu marea
hacia el crepúsculo incoloro.
Son los míos los brazos
en que cuelgas tu desmayo;
mía la voz que se quiebra
cuando te hablo.
Yo soy la almohada
para tu ausencia,
y la ausencia.
Yo, la que nunca,
la que siempre.

Ojo: el desacato a la gramática es intencional. Con la falta de concordancia entre el pronombre personal y la forma verbal, pretendo justificar el título y lograr el clima de ternura que intento crear.

París, 25 de marzo de 1956.

VIDA

Entre la carne y la carne;
por en medio de la sangre;
abriendo paso en los huesos,
algo se va muriendo,
mientras canta.

Entre la niebla y el sueño;
desde el vaho del cerebro;
culebreando el pensamiento,
algo se cuelga del alma,
agazapada.

Algo se va muriendo
y descansa.
Algo sigue viviendo
su ansia.

Algo que por muerto desprendido
muere su única vida:
algo que ya ha vivido
su muerte sin fin ni ceniza.

Tequesquitengo, mayo de 1957.

ELEGIA AL NIÑO MUERTO UN 29 DE ENERO

4 cirios de uniforme
lloran al muerto.
Lo mataron: la madre,
el cura y el maestro.

Con amorosa ternura
cada día
la madre le lavaba los dientes,
la ropita le cosía,
y cuidadosamente
limaba
las puntitas de las alas
que en los hombros le crecían.

El cura, jardinero,
en el pecho le sembró 2 árboles;
con gran celo cuidaba
que nadie sembrase otros,
y evangélicamente
podaba
las ramitas rebeldes
que del tronco se apartaban.

Nunca hubo otro alumno
que le aventajase;
nunca tuvo el maestro
eco semejante,
y pedagógicamente
cerraba
la veutana por donde un rayito de luz
en el alma se colaba.

Alguien al niño
un día,
regaló una burbuja de aire;
sin saber lo que hacía,
y cándidamente,
la tragó
y estalló,
dilatándose.

Se murió con los muñones
de las alas temblando;
agobiado por el peso
en el pecho de lastre,
y en el recinto, encerrado.

Los 3 presiden el duelo:
ella, en medio,
con el regazo manchado;
uno, a un lado,
con el índice en alto,
y el otro, vestido de negro,
con los ojos entornados.

Rezan las sombras dolientes
los mismos rezos de siempre:
«¡tan bueno! ¡tan dócil! ¡tan obediente!»
y callan.

«¡Lástima que se haya muerto!»
«¿Quién ha dicho eso?» ¡Hereje!
¡Que lo saquen! ¡que lo cuelguen!»
Con gran temor se santiguan
crucificando al muerto:
«En nombre de Dios, de la Patria
y la Familia,
amén.»

El Jefe del Estado viene
a encabezar el cortejo,
y a condecorar a los 3 héroes
que están, como el muerto, muertos.

Muerto en su caja adornada
el niño muerto sonríe satisfecho:
le han rizado el pelo,
le han comprado anillo nuevo,
y lleva el ataúd blanco
de los domingos, puesto,
que aunque forrado
en tela ya usada,
es hermoso, y cortado
a su medida.

(Detrás de la puerta llora,
sola,
la poesía).

Madrid, abril de 1956.

AGOSTO

Es agosto y duele el sol.
Al agua, se la tragó el calor.
La tierra espera
hinchada de semillas y de muertos,
y porque no pare,
se queja.
El viento jadea
y su lengua seca se pega
en los viajeros
y en las cosas más quietas.
Porque los pájaros huyeron
maduró el silencio;
crucificaron en vano
al monigote de paja
sus hermanos.

Duele la luz en los huesos.
Porque las sombras huyeron
el sol blanquea los recuerdos.
Un gallo rompe el sopor
y aumenta la monotonía;
los perros señalan distancias
distintas de las distancias mías.
La llaga se masturba de día
y en la noche los fantasmas
asesinan la alegría,
mientras el tiempo
de adherencias cubre
las cicatrices
de la juventud herida.
Lívidos insomnios suceden
a sanguinolentas vigilias;
puentes transversales ofrecen
caminos en la otra orilla;
pero aquí o allá ¿qué más da?
Distintas veredas que llevan
hacia donde nunca se llega.

México, 2 de diciembre de 1956.

a DIEGO RIVERA

¿De qué color son
los agujeros?
Porque no son blancos
aunque en sí mismos
estén girando;
ni verdes, ni rojos,
ni azules, ni pardos:
ultravioletas creo,
quizá infrarrojos.
¿Lo sabes tú, Diego?
Porque yo los veo
lívidos como el miedo,
grises como el misterio
y densos
de circular silencio.
Agujeros de olvido
color de recuerdo.
Píntame agujeros
como los que quiero:
como la dicha, incoloros,
o negros, negros
agujeros negros,
como en los cementerios.

México, enero de 1957.

Sol Rubín de la BORBOLLA

Bronce y lenguaje

Por *Juan Antonio* CORRETJER

(En *Rep. Amer.*)

La propiedad privada, el cristianismo y la lengua española tienen, en Puerto Rico una personalidad central, fundadora: Juan Ponce de León. El establecimiento del régimen de la propiedad privada, del cristianismo y del idioma castellano, se sintetiza en la hispanización de Puerto Rico. He ahí la base estructural y la superestructura que sirve de punto de partida para la formación de la nacionalidad puertorriqueña. De la gestión fundadora de Juan Ponce de León deriva la nación puertorriqueña, pues, una base económica, una tradición, y su idioma.

En el avatar de nuestra historia, cuando la osificaciones institucionales y los fermentos progresistas entran en clara y creadora lucha de contrarios, y de sus fricciones dentro del tiempo histórico va a irse formando nuestra nacionalidad, la ambición extranjera pondrá en grave riesgo nuestra misma existencia. ingleses, holandeses, franceses, intentan desplazar el poder español de Puerto Rico.

Es necesario mirar cara a cara la realidad de aquel momento. Nuestro proceso histórico no ha llegado a grado de madurez que pueda asegurar, siquiera, la conservación de nuestra embrionaria alma nacional. El apoderamiento de nuestro cuerpo físico por un poder de alma extraña, de distinta cultura, de idioma diferente, habría significado, para mediados y fines del Siglo XVIII, el colapso de nuestro cruento y laborioso proceso de formación nacional. La desnacionalización, con la pérdida del lenguaje, habría podido ser un hecho doloroso en la morfología de los naciones hispanoamericanas.

Pero, en ese momento, salió a las playas de Puerto Rico, con Amézquita en El Morro, Henrriquez en Loiza y Viequez, con Correa en Arecibo, con Caballero en Aguadilla, con Ramírez en Mayagüez, un núcleo de puertorriqueños. Salió a batirse. Aquellas milicias disciplinadas que derrotaron en las arenas de nuestras playas, a espada y arcabuz, a las fuerzas invasoras de ingleses, holandeses y franceses, garantizaron a Puerto Rico la conservación de su idioma, y, con esta, la continuación y el logro del proceso histórico de nuestra formación nacional.

Pasados los años, la agradecida posteridad puertorriqueña levanta una estatua a Juan Ponce de León. La desaparecida forma humana del soñador leonés es vaciada, simbólicamente, en el bronce de los cañones tomados por los milicianos borinqueños a los ingleses invasores de Abercromby. Es el triunfo definitivo, hecho símbolo ya como se vuelven símbolo las definitivas victorias del espíritu, del idioma español, el idioma de los puertorriqueños.

Hoy, 12 de agosto, conmemora la sobreviviente nacionalidad puertorriqueña el 450 aniversario del arribo de Ponce de León a estas playas. Hemos rebasado el medio siglo XX. Miramos confiados hacia el porvenir. Cuando nuestros descendientes, en el año 58 de la próxima centuria, celebren nuevamente la efemérides, al recuerdo de Juan Ponce, a la memoria de los milicianos del XVIII, unirán una humilde siempreviva para los nuevos milicianos que, en la gran lucha del siglo XX volvimos a asegurar a nuestro pueblo la perdurabilidad de su lenguaje.

San Juan, Puerto Rico, 14 de Agosto de 1958.

América, Continente del Despotismo

Por *N. VIERA ALTAMIRANO*

(Envío del autor)

Cuando la última reunión de la Organización de Estados Americanos en Caracas, dijimos que más que a la sombra de Bolívar los diplomáticos americanos se juntaban a la sombra de Juan Vicente Gómez: a ninguna otra podría parecerse la que en aquel momento proyectaba ese pequeño y sanguinario déspota que acaba de derribar el pueblo de Venezuela.

¿Es nuestro Continente el llamado a ser, casi por antonomasia, el Continente de la Libertad?

Nosotros así lo queremos y lo creemos, en forma gozosa. Nos sentimos como la yerba del campo que se alza con lozanía cuando le han quitado de encima la sombra de los bosques llenos de siglos. En nuestra alegría política va mucho del impulso del potro, «con hambre de correr y sed de viento» como se dijo con lengua de poeta. A las estrecheces de las viejas naciones de Europa ha sucedido —para el mismo hombre que ha sido aquí y allá— una amplitud: la amplitud que invita a la experiencia, al ensayo. La codicia que se había afilado como un puñal con el frío y el hambre, y el odio, y la guerra de ese Continente donde el dolor humano ha tenido su gimnasio, se vino a América ha cuatro siglos y sigue viniéndose para volverse liberalidad, despego, casi indiferencia, porque la tierra y el mar y los cielos dan para todos y la riqueza brota fácil y la soledad puede llenarse de ciudad a la vuelta de un día.

El hombre que ha venido a América es como un presidiario que pusieron en una tierra que no le devolvía lo que él había perdido, sino que le daba más de lo que él habría reclamado.

Pero este desembarco en tierras pródigas, si bien ha invitado al desperezo, a un desperezo que llegamos a confundir con la libertad, también ha invitado a cierta cosa indómita, cerril e insolente que podría hacer de América, si no andamos cautelosos, si no sabemos vigilar, una nueva Europa.

Porque en América hemos seguido siendo como escolares que se ríen de todo y en cuyo ademán libérrimo hay buena parte de barbarie. En América nos reímos de los Reyes y hacemos burla de sus testas coronadas, pero arrasamos al mismo tiempo con el principio del orden jerárquico. En América aflojamos el rigor de las leyes con la palanca de la simpatía y de la ceguedad afectiva, pero también nos llevamos de encuentro el sentido del orden y abrimos la brecha al capricho, a la arbitrariedad y al despotismo. En América encontramos tierra libre y vida fácil, pero al cabo de tres siglos estamos llegando en ciertos sitios a las circunstancias trágicas de los viejos Continentes y renace el sentido precario de la vida y el hombre mezquino se hace una bestia que fuera mezquina. En América hemos tenido el atrevimiento de sacar a la calle, a los caminos, a las montañas los símbolos de nuestra fe religiosa, con la valentía de quien habiendo creído veinte siglos no puede dejar de creer en la mitad de uno solo; pero al mismo tiempo hemos empezado a perder la noción de sus íntimos valores y estamos haciendo que la tierra ya no tenga sitio para el ángel.

Es decir, como si la tierra de América, que invitaba a la libertad por su amplitud, estuviese ya invitando para el despotismo.

Creemos que se contaron con los dedos de una sola mano aquella vez, en Caracas, las representaciones limpiamente constituidas, las delegaciones de naciones que en realidad vivían con libertad y en donde el derecho tenía vigencia. Caracas vino a ser como una feria adonde habían sido llevadas las más crudas falsificaciones y claudicaciones posibles. Hizo allí su presencia la tiranía que había sustituido a la montonera o la rusticidad que había tomado el puesto de la tradición con cultura o de la cultura hecha tradición. El pie descalzo y la mente llena de supersticiones se asomaban allá.

¡Pero no perdamos la fe! ¡No perderemos la fe!

Porque ya nos dimos cuenta de que si no arrasamos con el ignorante, el ignorante arrasará con la imagen de la Patria superior que soñamos. Nos hemos dado cuenta de que la libertad no va con el odio, ni con la miseria, ni con la impotencia. Sabemos ya que la libertad se alcanza y se retiene con una batalla ganada cada día. Y sentimos que llega desde todos los rumbos de la tierra la invitación a la acción, a la acción que resulta gozosa cuando la realiza un hombre nuevo.

Dejemos que pasen todas estas afrentas y no le demos mayor importancia. América podrá ser ahora ya como una imagen del Asia, un continente de despotismos. Pero esa estructura foránea será quebrantada por nuestra fe y vendrán citas continentales a donde la concurrencia llegue con nuevas consignas. En esas asambleas futuras tendremos la oportunidad de dar fe de la libertad.

San Salvador, El Salvador.

Camino al Volcán

Por *Joyce* WARDROPPER

(En *Rep. Amer.*)

Frente a la casa, el coche azul se había parado hacía tiempo. El conductor, un hombre ya avanzado de edad tenía, a pesar de sus años, el pelo negro, tupido. En la mano, con un movimiento giratorio, torcía lentamente el tallo de un lirio, un Agapanthus, que acababa de coger de un jardín particular que lindaba la calle. Sólo porque le daba la real gana.

El día estaba anublado y por eso estaba contento. Le convenían las nubes. Salir así de paseo, sentirse detrás del volante de un coche nuevo, marca Dodge, su favorita, le proporcionaba una felicidad intensa. Siempre D dge. En su vida había usado otra marca. La costumbre, la sagrada costumbre traía consigo la bendición de una tradición arraigada en la neblina del pasado. Un pasado, sin embargo, que prefería no recordar del todo.

Para sí mismo, hubo que confesar que el color azul claro le chocó un poco. Hubiera preferido uno negro, lo mismo que los antepasados del coche actual. Pero en ese momento, ni eso le molestaba. Ni el color azul, ni el gris oscuro del cielo. Se sintió libre, ante todo libre, limitado solo por las horas disponibles del día, y los kilómetros de la carretera por delante. Reglamentado solo por el dictamen del capricho del momento. Capricho de Maristela.

Buen trecho quedó esperando delante de la casa. Los minutos, ayer tan lentos mientras que esperaba la llegada del coche azul que venía a recogerlo del Sanatorio, hoy le parecían volar. Hasta saboreaba con placer la tardanza de Maristela.

Iba a venir, eso de cierto. Porque la había prometido. Su primer viaje juntos, después de dos meses en la clínica. Y el estreno del coche nuevo, apenas traído a Limón por la Flota Blanca.

Un sentimiento de bienestar le invadió el cuerpo dejándole esparcido, los miembros relajados. Ya todo estaba preparado para el viaje–cigarrillos para Maristela, marca Emu, su marca predilecta; galletas María, que le encantaban, coñac por si acaso se mareaban, un sarape rojo cuadrado que había comprado en Oaxaca. ¡Tan fríos que Maristela siempre traía los pies!

Ya la puerta de la casa se abría. Las voces animadas lo aclamaron. Un momento le quedaba; frunció el entrecejo, abrió el compartamento de guantes, echó un vistazo rápido y lo volvió a cerrar. Notó entonces que eran dos que bajaban, Maristela y su hermanita menor, la Rosamari.

Sonaron una serie de ruidos distintos–los numerosos adioses de madre e hijas, el rechinar de las puertas, el perro de aguas que aullaba su despedida, y los gruñidos de un peón que arreaba una yunta de bueyes al pasar el coche. Y en la torre de la iglesia las campanas doblaron.

Maristela, en el momento de subir, se detuvo, señalando con el dedo el lado derecho del coche.

–Aquí, qué fue? Falta algo. O es que ya ha chocado con algo, y eso en el precioso coche nuevo?

Gil salió corriendo a ver lo que era. Por cierto un detalle que le había escapado la atención hasta el momento. Faltaba la pequeña rueda en que venía escrito el nombre del coche. Alguien se la había quitado, descuidando los rasguños que dejó marcados en la puerta.

Gil se encogió de hombros. Así era la gente. Lo de siempre. Puro vandalismo. Para qué sirviera eso. Venderlo sería imposible. Robarlo por robar. Disgustado, quedó contemplándolo hasta que la voz de Rosamari, impaciente le hizo subir de nuevo al coche.

Maristela, observándole repentinamente abrumado como si llevara la muerte a cuestas, trató de animarle. No era culpa suya. El no tenía la responsabilidad por la pérdida de la ruedita. Su padre no le iba a regañar. Ellas serían testigos de que se lo habían robado. En todo caso, no era para tanto. Alguien se lo había llevado una marca registrada, que poco importaba, puesto que todo el mundo sabía distinguir un Dodge. Los coches, sí, eran fáciles de distinguir. Los hombres, al contrario. Tratándose de seres humanos, tan difícil era reconocer los distintos tipos.

–En marcha, Gil. Adelante. No vamos camino a un funeral. Ande, apúrese. La voz de la menor interpuso como un chuzo. –Y si encuentro al ladrón, le pego un tiro para Ud. Gil. Ande, despabílese.

Gil la miró detenidamente. Rosamari viajaba bajo el mandato de su madre. Gil notó con desdén que traía las uñas pintadas, un color vivo, ensangrentado que reflejaba el clavel prendido en las trenzas. El papel que desempeñaba nada le agradó. Pero ella, inconsciente, le sonrió inocentemente.

Vamos al volcán, verdad, Gil? ¡Qué bien! No he vuelto a ir desde la última vez que nos llevó, hace ahora dos meses, inmediatamente antes de . . .

Maristela intervino, dejando indistintas las últimas palabras.

–Oh Gil! Por eso ha traído el sarape! Primera vez que lo veo yo. Y ese dibujo que lleva, ¡qué curioso!

–No lo conoces, Maristela? preguntó Gil. Es el diseño típico de los sarapes de Oaxaca. Su marca distintiva, digamos.

Maristela se sonrió. Ya una vez pasada la esquina peligrosa, podían seguir sin interrupción los comentarios de Rosamari. De pronto, Gil se fijó en los pantalones que llevaba Rosamari, y se lanzó al combate. Rosamari seguía callada, escuchando a medias, más absorta en el surtido de galletas que en la doctrina que le predicaba Gil. Luego abrió la cartera de ante que llevaba y sacó un pañuelo bordado de mariposas verdes. Llevaba dentro la plata que su abuelito le había dado para su cumpleaños; todavía le quedaba el placer de gastarla.

Gil, observándola, comenzó de repente a hablarle duro. Los pantalones los llevaban los hombres. Eran la marca registrada del sexo masculino. Ella no tenía ningún derecho a usarlos. Así se echaba a perder la generación joven.

Rosamari se quedó mirándole, atónita. En su vida le había tratado así Gil. Como si en estos dos meses de retiro en la clínica, se le había trastornado el juicio. Se lanzó ella a la defensa, determinado de tomarle el pelo. Su madre no podría tacharle de falta de respeto en esta ocasión.

–Y sus pantalones, Gil? ¿Cómo se le ocurrió comprar pantalones verdes? Color que lleva las mujeres. Don Gil de las calzas verdes. Vos sos viejo verde, verdad, Maristela?

Ésta tomándole el pulso a la situación, le calmó un poco, la mano en el hombro. El contacto leve de la piel suave, le tranquilizó, y la cara llena de preocupación le indicó a Gil la verdad.

–No sea tan bravo, Gil. Rosamari es todavía una chiquita. Y mi hermana, añadió, en sordina.

Gil contemplaba unos momentos la cara amada, acariciando con su mirada larga la perfección de forma de su-

perfil. Los ojos, del fondo de una laguna morada, le incitaban. Los labios, indios, encarnadinos, le ofrecían trémulos, la carne viva de una mujer palpable. Enmarañados así, se quedaron largo trecho.

Frente a la Basílica de Guadalupe se detuvo el coche. Bajaron los tres a hacer votos. Ya había desaparecido el humor negro del momento anterior. y Gil se mostraba toda atención, toda cortesía . . . Se le notaba como más impaciente en los gestos, más determinado en las pisadas encaminadas a la Virgen.

A medida que se acercaban al volcán, el paisaje iba cambiándose. En lugar de los sembrados de maíz y de papas de la tierra fertil y cultivada, se veían los potreros esparcidos de formas extraordinarias, robles y encinas, torcidos y marchitados, figuras de espantapájaros infernales, ánimas de suplicantes destroncados. Ya la tierra misma se había cambiado. Un color rojizo invadía todo. Cubierta de cenizas vivas en la última erupción del volcán, la tierra quemada se había adaptado a su nuevo estado de ser, y se mostraba tranquila y risueña bajo la capa volcánica que la cubría.

Más allá del Hotel Robert, de repente, se paró el coche. Gil sacó de su bolsillo un pequeño bulto envuelto en papel blanco y lo puso en manos de Maristela con una leve sonrisa de payaso triste.

—Su mamá me mandó esto, le dijo en voz baja. Abierto el paquete, quedó descubierto un objeto diminutivo, brillando bajo su capa de oro. Era un anillo de compromiso.

—Y tú, no lo aceptarías de tu propia voluntad, sin el permiso de tu madre? preguntó.

Maristela, negándole con la cabeza, con sus ojos le indicaba que allá, al fondo de la laguna de su amor, guardaba todavía reservas secretas.

En el silencio, Rosamari empezó a silbar. Era la marcha matrimonial, que terminó con un abrupto desafío:

—No ve Ud. que eso ya no puede ser?

Llegados al volcán, bajaron del coche en la planicie del crater madre. En la lontanía pacían unas vacas, apaciblemente. Les pareció que el viejo volcán había perdido todas sus antiguas fuerzas. Allá, al horizonte, se alzaba el filo de la montaña, como la columna vertebral de un monstruo glacial, cortando el gris oscuro del cielo con un gesto esgrimidor. Abajo, en uno de los cráteres hijos, se veía el chorro del humo sulfúrico saliendo de una fumarola. En ese momento, cambió de dirección el viento, envolviéndolos en una nube de niebla nivolesca, nacida de la unión del humo y de la neblina. La cara sofocada, Rosamari corrió en sentido contrario, tratando de escaparla. Un frío le invadió, penetrándola hasta los tuétanos.

Estaban al borde de la laguna del Reventado, aguas verduzcas que llenaban uno de los antiguos cráteres. Detrás se alzaban las vertientes del volcán, deposiciones cenicientas dejadas por el mismo gigante que estaba gargarizándose allí con un líquido verde, caliente.

Se hizo sentir el silencio, interrumpido sólo por los regoldeos del volcán. Maristela se agachó a recoger una piedra que tiró luego al cráter. Rosamari, imitándola, se agachó también. Una roca negra le llamó la atención, una roca negra acribillada de agujeros. Estaba al borde mismo del cráter, cerca de unos lapilli volcánicos de basalto porfirítico. En medio del desierto de arena gris esparcido por helechos cubiertos de flores blancas se destacaba como marca distintiva del volcán, y la niña quería examinarla. Unas grietas en forma del eje de una rueda rompían la superficie. Entre las piedras del ripio, una, más brillante, le llamó la atención. Le pareció una joya, digna de engastar.

—Acaso sirva esa para mi anillo de compromiso gritó Rosamari, animada.

Con una mano agarró los pantalones de Gil que se encontraba cerca, mientras que con la otra se estrechaba . . . Ya caía la neblina, más espesa que nunca. Gil se retiró del borde del crater con un movimiento repentino. En seguida en el claroscuro sonó un chillido desgarrador. Maristela, fijándose fascinada en las aguas verdosas de la laguna, moradas en la penumbra, vió aparecer como una rosa al cuerpo de su hermana, todavía en su vestido colorado. No se dió cuenta de que Gil había sacado de su bolsillo un bulto hasta que, con un grito resonante, lo tiró al agua en un paroxismo de rabia.

—Allí va; ahora a acabar la historia.

Luego en las tinieblas dos tiros ahuyentaron las vacas, y apareció al lado de su hermana, flotando en las aguas abandonadas de la laguna, la estrella del mar.

Por las altas montañas no se oían más que el "to, to, to" de un boyero que se echaba potrero adentro en busca de bestias. Mientras tanto, abajo, una yunta de bueyes por las calles de Cartago estrenaban pegada al yugo una pequeña rueda azul que llevaba una sola palabra: Dodge.

Juan Viñas, Costa Rica.

Literatura "Peronista"

Por *Alejandro MAGRASSI*

(Para el *Rep. Amer.*)

El «tirano errante» Juan Domingo Perón, al ser permitida la propaganda totalitaria en nuestro país por la tolerancia del actual gobierno, ha hecho inundar las librerías y puestos de diarios con sus libros «La Fuerza es el derecho de las bestias» y «Los Vendepatrias» que no constituyeron un suceso porque vendidos a treinta pesos tuvieron que rebajarse a diez y ni aún por menos se venden pues en el primero acusa a la masonería del desastre del país y en el otro a los comunistas, todos ellos sus aliados.

Pero no es esto lo que constituye una literatura inferior de propaganda sino los cientos de libros de autores que florecieron en la época peronista y que hoy tienen su asilo en el nuevo diario «El Nacional», «Qué», «Línea Dura» y «Palabra Argentina». Estos literatos de nuevo cuño como José Gobello por ejemplo, teñidos de «porteñismo» se caracterizan por su desprecio a la cultura prefiriendo entre un cuadro de Picasso y el tango «Malevaje», el último.

Los peronistas que gritan en sus manifestaciones: «libros no, alpargatas sí» y los que decían con el suicida por desesperación, Discépolo, «lo mismo es un burro que un gran profesor» se caracterizan por la burla inferior y grosera a estilo de «la patota», que no va solamente contra lo solemne y ridículo, sino que se extiende a lo serio y honrado.

Lo mejor de la República está en el interior, y estos representantes de una literatura de asalto es de lo que más se burlan. Rega Molina, crítico agresivo y gran poeta, fué uno de los iniciadores de esa corriente estética y lo siguió Martínez Estrada, que a la vez fué acusado de anti-peronista por Arturo Jauretche en «Los Profetas del Odio», sin que ninguno de ellos, haya podido substituir al gaucho que todos los argentinos llevamos dentro, por el «compadrito» del arrabal porteño, hechura de un Gardel que fué a la vez de procedencia francesa . . .

La literatura tendrá siempre su mejor representeción en el hombre y la mujer del interior de una raza menos mezclada con la europea, que en el pasado fué el modelo, antes que el «malevo» y el «patotero» de la capital.

Alejandro MAGRASSI.

Buenos Aires, 31 Agosto de 1958.

Noticias de Alberto Baeza y algo más sobre Gabriela

Por *Marino MUÑOZ LAGOS.*

La gentileza de nuestro amable colaborador y amigo, don Francisco Galetovic, al proporcionarnos los últimos números de «Repertorio Americano», cuadernos de cultura hispana editados en San José de Costa Rica, nos ha deparado gratas sorpresas. Una de ellas, la constituye la noticia que el poeta chileno Alberto Baeza Flores, actualmente en la Habana, Cuba, nos entrega en «Carta sin regreso a Gabriela Mistral», homenaje lírico que el andariego Baeza Flores le rinde a la insigne poetisa chilena.

Hemos encontrado un pequeñísimo boceto de Alberto Baeza Flores, cuando de él se nos dice: «Alberto Baeza Flores y Juan Arcos, se alían en un libro y se individualizan en «Ánimo para Siempre» y «Vitalidad para el Ser», respectivamente (1938); Baeza, en su primer libro, «Experiencia de Sueño y Destino», es más artífice que en «Ánimo para Siempre», que pretende coger la hora revolucionaria...» (Datos consignados en «Crónica Mínima de una Gran Poesía», de Andrés Sabella, Editorial Nascimiento Santiago de Chile, 1941, (página 36).

Siempre conserva Baeza Flores el encanto fresco de la palabra en sus versos dedicados a Gabriela. Es la misma entonación de todos los poetas que surgieron en las cercanías del año 1940; sino de todos, de la gran mayoría. Hay una emoción velada que da a este poema un ritmo de sinceridad, pese a lo impuesto de su médula central.

Leámosle sus versos iniciales:

«Gabriela: te has dormido, pero ahora tu sueño | es como un largo viaje para no regresar. | No diré que te has muerto sino que va tu ensueño | hacia un país de ausencias por infinito mar.

«Dormirte así, Gabriela, lejos del valle amado, | lejos del sol querido, del verano de miel, | debe ser como angustia que llega de un pasado, | un sollozar a solas en una niebla cruel.

«Nevaba en el silencio como allá en Punta Arenas, | y era un lento conjuro de cristal y de flor. | La nieve fue tejiendo un sudario a tus penas | y ya no tuvo lágrimas tu paisaje interior».

Poesía sin complicaciones. La música del verso nos entrega la calma de este espíritu lejano de Chile, pero no alejarlo del todo. Alberto Baeza Flores cultivó la amistad con Gabriela. De ahí el ritmo de diapasón, con lentitud casi abismante. No es la poesía que guste a los exigentes, pero tendrá sus partidarios en los amantes del verso diagramado a la par con el sentimiento:

«Siento ante tu retrato que, acaso, andas ahora | pastoreando mañanas a la sombra de Dios. | Hay en el corazón una lluvia que llora... | Nunca, nunca, Gabriela, te diremos adiós»

El poeta que es Alberto Baeza Flores, noticiado en el arancel lírico de Chile, no olvida sus dos primeras amanecidas: «Experiencia de Sueño y Destino» y «Animo para Siempre».

Es una gran alegría.

Sigue siendo fiel entonces, a las dulces llagas que mortificaron a Baudelaire, a Edgar Allan Poe, a Rubén Darío, a Carlos Pezoa Véliz.

Es decir: LA POESÍA.

El "Sputnik III"

Por *Blanca LIDIA TREJO*

(Envío de la autora)

—A mí no me interesa nada de los Sputniks, ni de muchas otras cosas—decía hace poco una artista de cine—a mí lo que me interesa son buenos contratos y . . . que ruede la bola . . .

Tal manera de expresarse revela como esta mujer, y muchas otras que por su trabajo tienen la obligación de tener cultura, aunque sea mínima, viven ajenas completamente de cuanto vibra en en mundo. Quienes pertenecemos al siglo XX, hemos vivido en forma tan acelerada, los acontecimientos científicos y las creaciones artísticas tomaron tanto auge después de la primera guerra mundial de 1914, que podríamos decir que hasta esa fecha, terminó el siglo diecinueve.

Pertenecemos, pues, a la época de los Sputniks y de la televisión, lo preponderante en nuestros días, y sin embargo, hay en el mundo demasiado dolor. ¿En dónde encontrar la bondad? Por doquiera, las expresiones nos presentan el más duro egoísmo. Por otra parte, ¿cómo se comprende que el saber puede no ser bueno y que el poder sin límite cuando es sabio, pueda presenciar impasible el mal? Para que el talento del hombre se halla desarrollado hasta el grado de penetrar en el reducto del Macrocosmos, indudablemente que ha disfrutado de una atmósfera de paz, de seguridad, sin apremios económicos que le ha permitido razonar ampliamente, discurrir, crear, descubrir, razones poderosísimas de la existencia. El Universo que ahora se está descubriendo ¿es acaso como la tierra un valle de lágri-

mas? ¿Es un Universo doliente sin esperanzas? ¿Dónde, entonces, el refugio, del pensamiento atormentado?

Sin embargo, hay algo que nos hace, no sólo tolerable, sino amable la propia existencia. No pesa el haber vivido, cuando existe la facultad de pensar, la factltad de amar, de crear, y cuando hay un sentimiento del deber. ¿Qué importa habitar la más pequeña y atormentada de las partículas de polvo sideral, si llevamos encendidos el cerebro y el corazón? Lo único que anhelamos es que el desarrollo de el talento y de la inteligencia del hombre no sirvan para la destrucción de la especie humana, ni de las bellezas que contiene nuestro mundo, por el contrario, si el ángel y no la bestia hubiéranse enseñoreado de la tierra, la energía atómica serviría para dar fuerza a industrias, mientras el hobre podría cultivarse intelectualmente, y la producción, satisfacer las necesidades de grandes núcleos humanos, en vez de ser acaparada la producción por unas cuantas manos, dueñas de todos los recursos que el hombre a acumulado en el proceso de los siglos.

Y esta vida, libre de tribulaciones y absurdos, la humanidad merece vivirla. En el cuento de Voltaire, «Micromegas» el hombre habla al gigantesco habitante de Marte, que lo tiene con todo y su barco en la palma de su mano, mirándolo como a un insecto ruín y despreciable:

¡«Este grano de polvo me ha medido!»

Es verdad. El terrícola mide ya los espacios interplanetarios y este poder, esta fuerza, si se emplea para la paz humana, y no para el engrandecimiento y el avasallamiento de otras naciones y pueblos, puede quitar el pesimismo expresado en las lúgubres teorías de Nietzche, Schopenhauer, Hartmann y otros, mirar la existencia como un don inapreciable y solazarnos con los optimismos rientes de Ruskin, que nos puede alumbrar con el fulgor de sus siete lámparas.

Preocupación por los frijoles, sí, pero también por las más altas creaciones y descubrimientos del ingenio humano como los «Sputniks», signos de nuestro tiempo. Que en nuestro Universo interior, debe haber, por razón de la vida misma, un gran amor y un gran interés por todo lo creado y por las angustias y los esfuerzos humanos.

Análisis de una Emoción

Por *Ramón* ROMERO

(En *Rep. Amer.*)

Se me hizo corto un día en presencia de una tela de Juan Vermeer, la Vista de Delft, un puerto maravilloso, de aguas marinas puras, muelles solitarios, dos mujeres en una punta de playa, barcas desmanteladas, penumbra abajo a ras de tierra, y por efecto de la luz se ven las altas torres con sus ojivas y sus líneas, todo dentro de un aire estático, opalino, y diáfano, a veces, en la altura del paisaje.

Tela antigua, una visión de Vermeer, con toda la belleza de los colores propios de la naturaleza de las cosas. Bien que allí en el paisaje se admira lo que el artista vió en un día cualquiera, el abandono de las barcas, los mástiles firmes, los velámenes cerrados, la bruma sobre la tierra, y el agua marina azul, todo eso muerto, pero por el efecto del color, con la misma vida que contempló el pintor.

Me agradaba admirar ese paisaje, estar ahí dominado por un deleite que me llegaba con más o menos intensidad desde la tela en su conjunto y detalles de la escena. Ese deleite impreciso muy semejante a una emoción suave, de grata presencia, rondando en mis ojos, porque ellos recibían del exterior la manifestación real de las cosas trasladadas al lienzo por el genio del artista. A medida que mi curiosidad se detenía en la barca solitaria pensaba en los mares profundos donde ella había pasado, ebria de espanto, sorteando las fuerzas del viento y las malignas sombras escondidas en el vientre de las aguas y en el seno de las tempestades. Las torres altas recuerdan la música melancólica de los campanarios y los muelles solitarios algo muerto abatido por el mar.

Ese embrujo de la emoción lo producía la belleza serena y magnífica del paisaje, como cuando se mira un crepúsculo con sus minaretes de fuego y sus contornos de ópalo. Se produce, entonces, una embriaguez propia del espíritu con prescindencia total de los sentidos.

Una tela muy antigua con esa opacidad que dan los años a las cosas, pero firmes el color y los contornos de los edificios, de las luces y las sombras. En la presencia de ese conjunto animado y ese más allá denominado perspectiva, surge en el espectador, movido por la emoción que produce la belleza, el poder del análisis, esa agitación del espíritu que pretende retrotraer la vida actual a las épocas muy lejanas que vivió el autor del paisaje, de cómo eran las ciudades y las cosas de su tiempo. El poder de la mente, como función del alma, sirve para entrar en el pasado y en los castillos interiores de los artistas desaparecidos.

Esa dualidad puramente mental ha de ser lo que forma la vocación hacia la historia, la posibilidad de ver la tradición, la escuela, el genio del pintor o escultor en la obra maestra, porque viéndola, observando la escena, la delicada poesía que las anima, las fachadas antiguas, todo eso envuelto en una gasa de niebla abajo y la luz arriba, ese desdoblamiento permite comparar lo pasado y el presente para comparar la obra que se hizo hace varios siglos. Era el ideal de la vida lo que ese artista detenía en el tiempo, un tipo de belleza nacional y vernáculo que aún hoy con la dist ncia podemos comprender.

Es posible resucitar ese gusto por el vino añejo de aquella época en presencia de una tela inmensamente rica en colores donde aprisiona el pintor el vuelo de esas criaturas del aire, las gaviotas, la palpitación de la ola, y la serenidad de la tierra. En tal momento la mente se va vaciando en el presente y en el pasado para rodearse luego de esa idealidad maravillosa que resuelve la ecuación de muchas vidas en uno mismo.

Con toda la plenitud del paisaje entra la belleza convertida en gozo en

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

..."y concebí una federación de ideas."—E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.
"Entre los individuos como entre los pueblos el derecho al respeto es la paz." B. Juárez.
"Bárbaros, las ideas no se matan",—repitió Sarmiento.
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar.

Exterior:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

nuestros ojos. La belleza en la audición tiene sus variaciones; nos conmueve algo extraño y alado con mayor o menor intensidad. La Pastoral de Beethoven va ascendiendo en los movimientos orquestales, y los acordes, llenos de gracia y de ternura nos llevan a las lágrimas o a la desesperación. Es una belleza larga, majestuosa, terriblemente encantadora.

Otros canalizan el placer en la investigación científica con ese conmovedor ejemplo de valor en esa lucha humana por el descubrimiento. El incomparable Freud, uniendo esos profundos acordes de una sinfonía, la disciplina del espíritu y la bondad de corazón. Piensa que los secretos arrancados al alma humana pertenecen a todos los idiomas y a todas las generaciones.

Marcel Proust, el poeta de la memoria, encuentra el placer buscando en el tiempo perdido la manera de recuperarlo con verismo estremecedor. Durante quince años dejó correr los días de una existencia sin sentido, pero lo que veía en los salones, esas naderías volanderas, las anotaba cada noche en su memoria. En sus últimas horas analizó su caso y escribió esas cuartillas que aprisionan con pasión detalles y recuerdos de los personajes de su historia.

Walt Whitman busca en los seres la historia de la Humanidad, el drama, el valor, la alegría de la vida. Un amigo lo describe así: «El espectáculo real, tal como yo lo ví, de este hombre, cruzando por entre los mutilados, los rostros lívidos, los desesperados, los agonizantes, con todo lo que ocurría y se intercambiaba entre él y los pacientes— muchos de ellos casi unos niños— ninguna pluma, por hábil que sea, puede talvez pintarlo. Su magnetismo era increíble e inagotable. No es esto una metáfora, sino un hecho más profundo que las palabras. Los ojos cobraban un resplandor nuevo a su aproximación; las palabras fútiles que él pronunciaba infundían una onda de vigor; un aire reconfortante parecía llenar la sala y neutralizar los malos olores . . . »

Si el poder de una emoción produce en el ser el fenómeno del desdoblamiento, ese retroceso hacia el pasado, resucitando lo acescido con el anhelo de hacer surgir la vida de lo que fué detenido en la tela maestra hay que suponer que ese sea el fundamento de las escuelas nuevas que tratan de explicar con la pintura los sueños y las manifestaciones del alma en las horas del profundo reposo. Lo raro es que tales formas en estado de vigilia sean muy semejantes a un viaje hacia otro mundo y se vea lo que realmente ha sucedido, como el caso de Goehte, una historia muy curiosa, relatada por su criado Stadelmann. Una noche, Stadelmann, respondiendo a un imperativo campanillazo, llega al aposento de su señor y lo encuentra sentado en su lecho. Goethe le pregunta: ¿No has visto nada en el cielo? Stadelmann no ha visto nada. Goethe hace sentar a su criado en su lecho y le cuenta que acaba de ocurrir en el mundo, en ese momento, un terrible temblor de tierra. ¿Cómo pudo darse cuenta del sismo de Mesina que, a la misma hora, tan lejos de Weimar, hacía tantas víctimas?

Goethe, refinado catador de la emoción, nos dice con una elocuencia singularmente conmovedora: «La primera página que he leído de Shakespeare me ha hecho suyo para toda la vida, y cuando hube terminado una de sus obras me asemejaba a un ciego de nacimiento al que una mano poderosa da instantáneamente la vista. Ví, sentí, de la manera más viva, que mi existencia se había ensanchado infinitamente; todo era para mí desconocido y una claridad a la cual no estaba acostumbrado hería mis ojos . . , »

Impreso por *Editorial Aurora Social Ltda.*

Ese deleite se experimenta al visitar una iglesia grande con sus capillitas apiñadas y se miran las paredes antiguas teñidas con esa capa herrumbrosa del tiempo, los relicarios de oro formando el tejido los ensueños de los artistas, y las pálidas flores que hablan de pasiones extinguidas.

En el conjunto y en los detalles hay una belleza indefinible siempre fugitiva para el concepto de la emoción. Acerca de ello dice Walter Pater: «La definición de la Belleza deja de tener sentido y de ser útil en proporción de su abstractividad. Definir la Belleza, no en los términos más abstractos sino en los más concretos posibles; hallar no su fórmula universal, sino la fórmula que exprese más adecuadamente ésta o aquella especial manifestación suya es el objeto del verdadero estudiante de estética... La pintura, el paisaje, la persona interesante en la vida, un libro, las montañas, valen, como hablando de una hierba, de una piedra preciosa . . . »

Emerson habla de una emoción con gratitud a la vida. «En otras horas, dice, la naturaleza nos satisface con apacibilidad y sin mezcla alguna de beneficio corporal. Yo contemplo el espectáculo de la mañana desde lo alto de una colina que está frente a mi casa y si un ángel pudiera participar de las emociones que experimento cuando sale la aurora y se levanta el sol, también sería muy feliz . . . »

La emoción de Emerson, matizada de un aspecto religioso, me trae el recuerdo de otro lienzo extendido en la pared de un museo donde aparece Jesús a la orilla de un pozo de construcción hebrea, frente a una mujer alta y esbelta, en actitud de pedir un poco de agua. En los espacios que sirven de escenario aparecen los espectros de las flores caídas insinuando la alegría de una amable conversación, o una música delicada de palabras bajo la sombra de un follaje donde se cuela esa luz de la mañana con tono violáceo. Parece que dice Jesús con su mirar sereno: «Vuelve al pueblo y habla de las cosas que van palideciendo en este mundo».

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L — San José, Costa Rica — **1959** — Número Extraordinario In Memoriam

Año 36 — Nº 1186

Don Joaquín García Monge



(Foto del Sr. *Claudio MOYA*, octubre de 1957)

Carta al Lector

Cuando don Joaquín nos dejó no hizo ninguna recomendación para la continuación de su *Repertorio*. Sin embargo, estamos seguros que todavía pensaba en su obligación para los suscritores de dar remate al tomo L. Ello nos ha movido ha hacerlo en este último número. Muchos han expresado su inquietud del porvenir del *Repertorio* y hemos recibido una propuesta del Consejo Universitario que publicamos y sobre la cual deseamos oír la opinión de los suscritores. La esperamos en el Apartado Letra X.

En los meses del 1958 que él alcanzó a vivir continuó recibiendo los homenajes que siempre se le prodigaron. Tal como la Orden de Rubén Darío, el honor más elevado que la República de Nicaragua concede a los beneméritos servidores de la Patria y de la Humanidad. «Mucho le debe la cultura de Centroamérica al infatigable esfuerzo de don Joaquín García Monge, costarricense preclaro, que podría reclamar con derecho el título de Patriarca de las Letras Hispanoamericanas. Desde la cátedra iluminada por su palabra, hasta las prestigiosas columnas del «Repertorio Americano», su figura es faro orientador para la juventud y la intelectualidad de Iberoamérica. Por ello Nicaragua se honra, honrándolo». (Palabras del Sr. Presidente Luis Somoza, Novedades 8 de Febrero 1958).

Don Luis Barrios Llona, Embajador del Perú, solicitó que se otorgara una condecoración a don Joaquín, recibiendo del Canciller del Perú, doctor Raú Porras Barrenechea, el siguiente juicio: «Coincidiendo plenamente con las consideraciones que Ud. hace sobre la señera personalidad y la labor docente cumplida en América por don Joaquín García Monge, en la misma línea de Andrés Bello en el Primer Repertorio Americano, de Juan Montalvo en El Cosmopolita o de Rubén Darío en la Revista de América, propuse, y fué aceptado con gran complacencia por el Presidente de la República, que se diera a don Joaquín García Monge, como expresión de admiración y reconocimiento, rompiendo los formulismos protocolarios, la más alta jerarquía de la Orden del Sol, como al más representativo embajador de la cultura americana». Publicamos la contestación de don Joaquín y también la adhesión de Haya de la Torre.

El costarricense culto no podia permanecer indiferente a tanto honor prodigado en el ocaso de sus días a tan sobresaliente ciudadano.

Del seno del Centro Médico Cultural animado por el Dr. Alvaro Montero Padilla al mismo tiempo actual Presidente de la Asamblea Legislativa, partió la iniciativa de conceder a don Joaquín el título de Benemérito de la Patria. Publicamos el correspondiente Decreto. Escribió Joaquín Salazar Solórzano: «En el caso concreto del humilde maestro y cultor de las letras hispanoamericanas, don Joaquín García Monge, creemos que se cometió una verdadera injusticia, al ser atacado su benemeritazgo con el arma plebeya, de que solamente debe otorgarse dicho honor, a los muertos. Pero García Monge, como un legítimo aristócrata del talento, supo ser generoso una vez más; y posiblemente, para complacer a los costarricenses, que desde tan mezquino ángulo lo adversaban, rogó a su Dios, que lo reintegrara al seno sin pasiones de los inmortales; y su deseo fué cumplido . . . » (Joaquín García Monge, trigésimo primer benemérito del país. Diario de Costa Rica 25 de noviembre 1958).

—¿Qué tiene que hacer un benemérito? fué el característico comentario de don Joaquín. Para él cualquier distinción representaba mayor esfuerzo. «Ojalá corresponda en mis actividades editoriales a la benevolencia con que el Gobierno del Perú me juzga y trata», dice en su carta a don Luis Barrios Llona.

Mucho se ha escrito sobre la vida de don Joaquín. Hay datos biográficos escritos por él mismo. Nada mejor para componer «la carrera de la vida» que publicamos añadiendo una nota personal que concierne sobretodo a sus títulos y distinciones, desde luego incompleta, los cuales nunca ostentó.

El paso de don Joaquín por el Instituto Pedagójico de Santiago de Chile fué fundamental para su orientación futura. De su árchivo publicamos la fotografía de esa venerable institución lo mismo que las certificaciones que en latín, castellano y pedagogía mereció de sus profesores.

El pensamiento anecdótico de García Monge en sus últimos días lo recogió Francisco María Núñez (García Monge, valor de las letras americanas, Diario de Costa Rica 26 de octubre 1958), y aquel sobre temas más serios Francisco Hernández Urbina, cuyo artículo reproducimos de *Cultura* (Enero - Marzo 1958).

Los artículos necrológicos fueron muy numerosos. Podemos citar los siguientes, siendo la lista incompleta: A. A., José Amador Guevara, Germán Arciniegas, Víctor Manuel Arroyo, Alfonso Enrique Barrientos, Fresia Brenes de Hilarov, Abelardo Bonilla, Alvaro Bonilla Lara, Alfredo Cardona Peña, Quino Caso, Abel Romeo Castillo, José R. Castro, Rafael Cortés Chacón, José María Chacón y Calvo, Hilda Chen Apuy, Laura Da Vinci, Luis F. de las Cañas, Mireya Gurdián de Varona, Jesús González Scarpetta, Max Henríquez Ureña, J. A. de D., Octavio Jiménez Alpízar, Salvador Jiménez Canossa, José Angel Lagos U., Isberto Montenegro, Rogelio Monterrosa Sicilia, Francisco María Núñez, Mariano Padilla, Manuel Picado Chacón, Carlos Luis Sáenz, Joaquín Salazar Solórzano, Juan Manuel Sánchez, Luis Alberto Sánchez, José Enrique Silva, Orlando Sotela, Rafael Antonio Tercero, Gabriel Ureña Morales, Rafael Heliodoro Valle, Moisés Vincenzi; Columnas y Editoriales en Adelante, Brecha, Carteles, Combate, Crítica, El Imparcial, El tiempo, La Gaceta, La Nación (Bs. Aires y San José), La Prensa, La República, Mujer y Hogar, Novedades (México), Petaquilla; Caricaturas de Tuno Alvarenga, Noé Solano. Reproducimos los importantes estudios de Abelardo Bonilla, Alvaro Bonilla Lara, Max Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez, Rafael Heliodoro Valle, Moisés Vincenzi.

La crónica periodística del fallecimiento y entierro de García Monge fué publicada en La Prensa Libre, La Nacion y la República. En impresionante ceremonia, la Asamblea Legislativa honró al esclarecido Benemérito y allí mismo el señor Embajador del Perú colocó sobre el féretro las insignias de la Orden del Sol. En carta per-

El curriculum vitae de Joaquín García Monge por él mismo

Nació el 20 de Enero de 1881 en Desamparados, entonces un puebleci-to cercado a San José, la Capital de Costa Rica.

Cogió las primeras letras en la Escuela pública del lugar nativo.

A los 9 o 10 años, ingresó en el Liceo de Costa Rica, en San José, e hizo los estudios primarios y secundarios de entonces y en 1899 salió como Bachiller en Ciencias y Letras. Gracias a los empeños de la buena madre, hoy en la ternura del más vivo recuerdo.

En 1900 cogió clases como maestro en una de las Escuelas Públicas de San José, Edificio Metálico.

De 1901 a 1903 logró hacer estudios, como becado del Gobierno de Costa Rica, en el Instituto Pedagójico de Santiago de Chile. Fueron tres años saludables y provechosos. Obtuvo el título de Profesor de Castellano de la Universidad de Chile.

De regreso, en 1904, obtuvo un puesto de Profesor en el Liceo de Costa Rica. A los 6 meses fué destituído como rebelde por el Gobierno del Sr. A. Esquivel.

Más tarde, alcanzó a servir como Profesor en el Colegio de Señoritas, y algunas clases en el Liceo, once años.

En 1915 pasó a la Escuela Normal de Costa Rica, en la ciudad de Heredia en la que sirvió como Profesor y luego como Director.

En 1918, con la mayoría de sus colegas, fué destituído por la Dictadura de los hermanos Tinoco.

En 1918 estuvo unos meses en Nueva York. Fué con el ánimo de editar en esa ciudad el *Repertorio Americano*, ya concebido entonces. No se pudo . . .

En 1919 el Gobierno Provisorio de Don Francisco Aguilar Barquero lo llamó a la Secretaría de Educación. Algo se hizo entonces.

En 1920 ingresó a la Biblioteca Nacional como Director, cargo que desempeñó durante 16 años.

En 1935 la Sociedad de Naciones, en Ginebra, lo invitó en calidad de observador. Estuvo entonces un mes en París, un mes en Ginebra y 15 días en España.

En 1936 lo destituyó el Gobierno del Sr. Cortés Castro.

De entonces a la fecha vive como hombre aparte. Disfruta de una pensión como Profesor jubilado, encerrado en su cuarto de estudios y en las ediciones del *Repertorio Americauo.*

El 15 de mayo de 1909 casó con la Srta. Cecilia Carrillo Castro. Tienen un hijo: el cardiólogo Dr. Eugenio García Carrillo.

Entre tanto, se va acercando ya la hora final . . .

* * *

Sus actividades de autor y editor en 58 años:

De 1900 a 1902 publicó 3 novelitas de sabor nacional: *El Moto* (1900, segunda edición 1901), *Hijas del Campo* (1900) y *Abnegación* (1902). Hubo interés de leerlas y polémica. *Vida y Verdad*, 1904.

Compilador del *Suplemento Literario* de *La Prensa Libre*, 1905.

Colección Ariel, 1906 hasta 1916. «Publicación económica de escogida literatura internacional, antigua y moderna en folletos de 32 páginas».

Proyecto de Programas de Instrucción Pública, 1908. (En colaboración con R. Brenes Mesén). *Boletín de Educación Pública*, 1912.

Ediciones Sarmiento, 1914 hasta 1921.

El Convivio, 1916 hasta 1925.

Autores Costarricenses, 1917 hasta 1920. Se inició con su obra de relatos titulada *La Mala Sombra y otros sucesos*. Como visión y ejecución se distingue de las tres anteriores.

La Obra (primero *Universo*), 1917 hasta 1918. «Revista de Filosofía y Letras, Artes, Ciencias, Educación. *La Obra* quiere ser también un repertorio americano, que registre en sus páginas lo que manifiestan los hombres que en América saben más. También quiere ser una antología, hasta donde sea posible, de la prensa de ambos mundos».

Memoria de Instrucción Pública, 1920.

Boletín de la Biblioteca Nacional (segunda época), 1920 hasta 1927.

Biblioteca del Repertorio Americano, 1921 hasta 1923.

El convivio de los Niños, 1921 hasta 1923.

La Edad de Oro (Lecturas para niños), suplemento al *Repertorio Americano*, 1925. Segunda época, 1928 1929.

No lleva cuenta de los libros y folletos que se han publicado aparte, a la sombra de *El Convivio* y el *Repertorio Americano* cuyo número 1 sacó el día 1° de Setiembre de 1919 hasta la fecha en 39 años de labor continua.

* * *

Títulos y distinciones. (Recopilación de E. G. C.)

1917, Profesor de Estado en Castellano y Literatura, San José.

1921, Medalla de Plata conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de Costa Rica.

---

sonal se expresa a este propósito Rómulo Tovar: «Estamos enterados de cómo fueron los funerales de Joaquín y en cuanto a mí, estoy sumamente satisfecho de que haya tenido un carácter civil, pues aún cuando él era negado a manifestaciones particulares, los homenajes que se le han hecho encuadran bien para su modo de conducirse como ciudadano y para sus ideologías y doctrinas. Y si realmente Dios recibe a las grandes almas que se libertan, El ha recibido a Joaquín como a un hijo y como a un amigo». En el Cementerio se oyeron las voces emocionadas de la Sra. Estela Quesada, Ministro de Educación, del Ing. don Luis F. de las Cañas (La Nación, 2 de Noviembre 1958) y reproducimos las oraciones pronunciadas por Corina Rodríguez, J. Albertazzi Avendaño y el poema publicado por la Sra. Thelma Solano C., ese día y leído por ella. Del Lic. Alejandro Aguilar Machado publicamos a falta de la reconstitución de su bello discurso, unas cuartillas inéditas. Por decreto del Ejecutivo, el pabellón de la Patria que tanto amó y que se inclinó enlutado al toque del clarín sobre su tumba, ondeó a media asta tres días.

Paz a sus restos y honra eterna a su memoria.

E. G. C.



El Instituto Pedagógico de Santiago de Chile

1922, Correspondiente extranjero de La Academia Española, Madrid.
1925, Diploma de Mérito de la Sociedad Martiniana, La Habana.
1929, Socio Correspondiente del Ateneo Ibero Americano, Buenos Aires.
1934, Corresponsal de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid.
1935, Socio de Honor de la Unión Ibero Americana, Madrid.
1935, Orden Nacional «Al Mérito» del Ecuador, Quito. (Oficial, 1935; Gran Oficial, 1944; Comendador, 1956).
1935, The Hispanic Society of America, New York (Miembro correspondiente, 1935; Miembro, 1945).
1941, Insignia de la Orden Mexicana del Aguila Azteca, México.
1942, Medalla Enrique José Varona de la Asociación Bibliográfica Cultural de Cuba, La Habana.
1943, Comendador de la Condecoración «Al Mérito» de Chile, Santiago.
1944, Medalla de Honor «Colaborador de la Instrucción Pública» de Venezuela, Caracas.
1944, Miembro Correspondiente del Instituto Cultural Joaquín V. González, Buenos Aires.
1944, Oficial de la Orden de Boyacá, Bogotá.
1945, Catedrático Honorario Fundador de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
1946, Socio Honorario de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, San José.
1949, Diploma de Gratitud Nacional del Ecuador, Quito.
1950, Benemérito Maestro de América Educador Costarricense. Orden de los Insignados de América, Buenos Aires.
1951, Miembro de Honor del Centro Literario-Filosófico «Arca del Sur», Montevideo.
1952, Miembro Honorario de la Asociación de Concordia Americana, Buenos Aires.
1956, Presidente Honorario de la Asociación Nacional de Educadores, San José.
1958, Gran Cruz Placa de Plata de la Orden de Rubén Darío, Managua.
1958, Gran Cruz de la Orden El Sol del Perú, Lima.
1958, Benemérito de la Patria, San José.
Sin fecha, Socio Honorario del Circulo Cultural Metropolitano «Rubén Darío», León.
Al *Repertorio Americano*, 1944, premio María Moors Cabot, Columbia University, New York.

* * *

Certificaciones del Cuerpo de Profesores:

El 19 de Diciembre de 1903 fué acreditado para la enseñanza de Castellano el Sr. don Joaquín García Monge en el Instituto Pedagójico de Santiago de Chile con las siguientes apreciaciones de sus profesores.

Latin: Posee los conocimientos que son indispensables para el estudio de los idiomas neo-latinos. Federico Hanssen.

Castellano: Se ha dedicado con empeño i buen éxito al estudio de la lingüística, gramática moderna e historia del idioma castellano. Maneja con habilidad i pureza la lengua, i no carece de dotes de escritor, sobre todo en el jénero de costumbres. Conoce también con amplitud la historia de la literatura española. E. Nersasseau y Morán. R. Leur. Federico Hanssen.

Pedagojía: Posee conocimientos satisfactorios i talento natural; se puede esperar que será buen profesor. Federico Hanssen.

Homenaje del Perú

Vía Fratelli Bonnet 44 Roma
Octubre 17 de 1958.

Mi querido don Joaquín
García Monge:

He sabido con profunda alegría, por mi querido amigo Luis Barrios Llona Embajador del Perú en Costa Rica, que el gobierno democrático del Presidente Prado ha decidido entregarle a Ud. la más alta condecoración de la República. Me apresuro a expresarle con cuánto fervor adhiero a ese homenaje que es tanto del gobierno como del pueblo peruano. Y quiero decirle que tan merecido tributo a su grandeza de ejemplar ciudadano de Nuestra América, de auténtico maestro de sus juventudes, de figura egregia de la inteligencia y de la conducta en la gran patria continental, por cuya unión siempre ha luchado Ud., nos honra un poco a todos los que le amamos y le respetamos.

Me complace particularmente que sea un Embajador aprista a quien le toque cumplir este acto de justicia. Porque en su apostolado indeclinable por los Derechos del Hombre Americano, por la elevación material y espiritual de nuesstros pueblos el Aprismo contó en todas las horas con su enaltecedora simpatía y con su invalorable apoyo moral. Su insobornable devoción por las grandes causas inspiró esa magnífica actitud generosa,

Don Joaquín García Monge, apóstol americano

Por *Francisco HERNÁNDEZ URBINA*

Desde la primera vez que conversé con don Joaquín, aquilaté definitivamente la reciedumbre de su personalidad.

Su exposición metódica y diáfana, su pensamiento penetrante y sólido y su actitud generosa y constructiva, inmediatamente me justificaron la razón de su prestigio continental.

Con ese acento serenamente lúcido y familiar, propio de los grandes espíritus, don Joaquín suele exponer sus puntos de vista, especialmente sobre los problemas americanos, llegando a conclusiones que constituyen verdaderos capítulos de cultura humanista.

Al analizar las posiciones teóricas en que descansa la actual etapa histórica de los pueblos américo-latinos, no encuentra la causa para cimentar la necesidad de liquidar la tradición, como lo proclaman algunos sectores de intelectuales y profesionistas. Y al considerar que ese absurdo cada vez ensancha su esfera de acción, el maestro se apresura a explicar, que tradición no es sinónimo de anacronismo, ni tampoco simboliza el aspecto negativo de una sociedad. Que por el contrario, la tradición es el testimonio efectivo de los pueblos y los siglos; el fermento indispensable para la emulación y progreso de la humanidad, y la plena vigencia de los principios morales y de los valores eternos de la sociedad y la Historia.

Amparado en estas conclusiones, y como es un hombre esencialmente objetivo, piensa que nunca como hoy tuvieron tanta significación las ideas por ejemplo de Liendo y Gaicochea, de Cecilio del Valle, de González Víquez, de Sarmiento y de otros perínclitos ciudadanos de América, por cuanto aún respiran bondad y honda preocupación por realizar el mayor bienestar a la generalidad.

Como se ve, el pensamiento de don Joaquín es positivamente constructivo, sin dejar de traslucir su polémica actitud contra quienes, al auto apellidarse «innovadores», en verdad no van más allá de ser los representantes de la decadencia cultural de algunos de nuestros países.

Al referirse a la educación nacional, rememora los beneficios que ayer hiciera Brenes Mesén —a quien injustamente el olvido quiere sepultar—, declarando, que por la universalidad y lógica de los principios que norman la reforma realizada por aquel ilustre mentor, bien merecería volver hacia ella para reeducar, con criterio realista y moderno, la juventud costarricense.

Con ocasión de algunos brotes literarios y poéticos, aparecidos en el país, Don Joaquín multiplica su actividad y su entusiasmo para difundirlos en el ámbito americano, en afán de comprobar, que con todo y las deformaciones intelectuales ya anotadas, Costa Rica no es —en las doradas y altas manifestaciones del espíritu— una unidad de proporciones simplemente matemáticas, una especie de aparato muerto: sino otro de los auténticos motores culturales de América. De aquí que, aunque se haya decretado contra él algo así como «el ostracismo a la manera ateniense», o aislamiento forzado, su capacidad de trabajo y su patriotismo cada día le robustecen su envidiable pedestal.

Acepte pues, querido maestro y amigo, mi modesto mensaje de solidaridad con el justísimo homenaje que el Perú íntegro va a rendirle. Y crea que en él va mucho del sentimiento de admiración y respeto que le profesa toda nuestra América.

Suyo de todo corazón,

Haya DE LA TORRE

---

2 de octubre de 1958.

Don Luis Barrios Llona
Embajador del Perú
Pte.

Mi muy estimado Embajador y amable amigo:

Tuve el gusto y la sorpresa de recibir su amable carta del 26 de Sepbre. pasado. Las gracias le doy.

Me siento muy orgulloso del homenaje que el Gobierno del Perú me ha hecho al concederme la Condecoración de la Cruz del Sol.

Cuánto me han reanimado las palabras del Dr. Raúl Porras Barrenechea. Le ruego me le dé las más sentidas gracias. Nunca las olvidaré. He de escribirle luego.

Ojalá corresponda en mis actividades editoriales a la benevolencia con que el Gobierno del Perú me juzga y trata. Haré cuanto pueda por exaltar aspectos de la cultura peruana, ejemplar en nuestra América.

De Ud. afmo. servidor y amigo,

J. GARCIA MONGE

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

1º—Que es deber primordial de la Asamblea Legislativa en su carácter de Poder Representativo del pueblo y como depositaria de la soberanía nacional, tributar justo homenaje a los ciudadanos que han contribuido con su ejemplo y civismo a dignificarla;

2º—Que un ejemplo vivo de amor al servicio público lo encarna el Profesor don **Joaquín García Monge**, considerado como uno de los más grandes valores de la intelectualidad de América;

3º—Que por su fecunda labor en los campos de la docencia nacional se ha distinguido como el que más en su misión;

4º—Que en las páginas de las letras patrias el nombre del Maestro don **Joaquín García Monge**, a través del tiempo cobra cada día relieves más brillantes y gratitud más profunda en el alma nacional;

Por tanto,

ACUERDA:

Artículo único.—(En uso de las facultades que le confiere el inciso 16) del Artículo 121 de la Constitución Política, declarar **Benemérito de la Patria** al Profesor don **Joaquín García Monge**.

Publíquese

Dado en el Salón de Sesiones de la Asamblea Legislativa.—San José, a los veinticinco días del mes de octubre de mil novecientos cincuenta y ocho. **Alfonso Carro Zúñiga**, Vicepresidente.—**Eduardo Trejos Dittel**, Segundo Secretario.—**Fernando Volio Jiménez**, Secretario ad hoc.

La política, que él entiende como la única ciencia capaz de dar una concepción precisa y multidimensional de la vida de los pueblos, o como visión certera del futuro —aristotélicamente hablando—, la ve desquiciarse en América, y paralizarse en su propia estructura en Europa, ante el desconcertante y profuso surgimiento de falsos Apóstoles de Ares, y de corrientes y fuerzas regresivas. Pero como el maestro es genuinamente liberal y demócrata, cree fundadamente en el poder de los pueblos y en la severidad de la Historia,

Centinela insobornable de los tesoros eternos de la cultura, don Joaquín hace petente, desde su retiro . . . , los errores sicológicos de quienes a estas alturas piensan de rodillas, como si no supieran que así sólo se piensa mal, según la marmórea frase de Renán. Y frente a estas situaciones —facetas borrosas en el avance de nuestro tiempo— el ciudadano maestro yergue su respetable figura, esgrime su serena inteligencia y su razonamiento visionario, para dejar constancia definitiva de su reproche y de su inconformidad.

Don Joaquín repudia la posición de las mentalidades claudicantes o calculadoramente pasivas; condena las divagaciones hipotéticas; desprecia ron altivez a los predicadores de insubstancialidades y rechaza la intolecancia. Por eso, cuando hasta él llegan los débiles ecos de la dignidad humana amenazada, alza su tonante voz, para exigir la vigencia y el respeto al hombre y al pueblo. Esto completa las dimensiones de su apostólica figura, y por ello, cuanto más pronto mejor, deberá realizarse el reconocimiento continental que intelectuales de selección acordaron unánimemente hacerle, según consta en las actas de las históricas sesiones del Congreso Martiano celebrado en La Habana, el año de 1953.

Conociendo la crítica situación en que alborean y se desarrollan los artistas, en estos países, no escatima medios para que no se malogren sus producciones, ya sea folletizándolas o publicándolas en Repertorio Americano. No creo que haya sido otro el motivo que asistiera al gran Luis Alberto Sánchez, para que dijera que don Joaquín era el «mejor telegrafista de América», por su constante atención en el señalamiento de autores y novedades literarias del Continente. Esta actitud, que él realiza con suma devoción, tiene una explicación: la total ausencia de elementos coordinadores de cultura, a lo largo de América . . .

Sin que yo me hubiera propuesto llevar la conversación hasta un nuevo punto, sin embargo, por la fecundidad de la misma, quise saber qué afirmaba don Joaquín, respecto de si ya es posible hablar de la existencia de una Filosofía Americana, específicamente americana; habiéndose concretado a expresar, que pensadores de la estatura de don Francisco Romero, Vasconcelos, Vaz Ferreira, Zea y otros, ya había dado principio a examinar los testimonios, los expedientes de nuestra cultura integral, para resolver tan imperiosa necesidad.

Obsérvese la respuesta: es parca y prudente. La sabiduría descansará siempre en estos dos pilares.

Lo cierto es que en la actualidad tal vez no se pueda decir más. Se trata ni más ni menos, que de establecer la calidad y originalidad de un pensamiento, de un sistema de conocimiento; de valorizar un modo de vida singular por su naturaleza y universal por sus proyecciones. Y no simplemente de recordar la presencia de filósofos americanos, o de expositores de escuelas, doctrinas y sistemas filosóficos de otras latitudes. Claro que ojalá del examen aludido surja la conclusión de que en vista de las especulaciones realmente lógicas y accesibles; el clima o espíritu filosófico reinante; el modo de reaccionar frente a los sacudimientos históricos y las eminentes creaciones artísticas —que como floraciones de nuestra cultura flotan en América y en el mundo— sea posible hablar de la existencia de una filosofía netamente americana; esto es, de un modo de pensar y hacer ajustado íntima y absolutamente a nuestra conformación general y que refleje estrictamente nuestra realidad.

Si alguien desea conocer dónde nació don Joaquín, que visite el pueblo de Desamparados. Allí jugó cuando niño, y también recibió parte del balsámico e inspirador hálito de la juventud. Y si acaso no hubiera en ese pueblo quién recordara su origen y desconociera su obra, bastaría con alzar la vista y leer el nombre del apóstol en el frontispicio de una preciosa y amplia escuela, que corazones generosos construyeron en el mencionado lugar.

Más aún: si todavía queda alguien que no haya reparado en la labor dilatada y fecunda del ex Ministro de Educación Pública, ex Director de la Escuela Normal y Profesor de Estado graduado en la Benemérita Universidad de Chile, que preste atención al clamor que vibra en el Continente, proclamando sus altas virtudes; o que se informe en Repertorio Americano, vocero antológico que define para siempre al maestro, don Joaquín García Monge, como uno de los cerebros de mayor capacidad analítica y selectiva de nuestro Continente.

Cartago, Costa Rica.

"Un Tal García Monge" ha muerto

Por *Luis ALBERTO SANCHEZ*

Hace unos veintitantos años, en un diario de Lima, recargado de odio, queriendo sacudirse del enojo que causaba, a él y a su gente, la voz alerta del pensamiento foráneo frente a la ola cruenta que bañaba al Perú, acuñaron una frase memorable refiriéndose a un líder laborista británico, Mr. Lansbury, y a un eximio pensador centroamericano: los coronaron con la despectiva —boomerang—expresión de «un tal Fulano». El pensador centroamericano era Joaquín García Monge. Le llamaron «un tal García Monge».

Don Joaquín reía de buena gana cuando se le recordaba el episodio. Rollizo y chico, de cuello corto —pudiera agregar de ideas largas, pero es tópico y cursi—, era García Monge un hombre saludable de cabeza a pies, y del revés al derecho. Tenía alma higiénica, dadivosa, y cuerpo de campesino, con manos pequeñas de artista. Había publicado en su primera y segunda juventud tres volúmenes, dos novelas y un manojo de cuentos. Pero, desde este último, allá por 1917, se vino a percatar de que a América le hacían más falta coordinadores que rapsodas, y se consagró a crear y sostener una revista de coordinación continental, a la que bautizó con un nombre ya heráldico, el de la revista en que colaboraba Andrés Bello en Londres. «*Repertorio Americano*».

Hay tachas que no pueden lanzarse sobre ciertos hombres y sus obras. A

«Repertorio» no se le podía achacar pecados contra la libertad ni la decencia. Estuvo firme contra toda dictadura. Si a veces mostró debilidad por Stalin, ello se debió a que, al comienzo, el georgiano fue el anti Hilter nominal, pero cómo se le oscureció el alma a don Joaquín cuando el Pacto Stalin-Hitler. Buen ciudadano de Centroamérica odiaba a la United Fruit sobre todas las cosas, y de ahí su fobia antiyanqui, que no lo llevó, empero, nunca a negar a Whitman ni a Thoreu, a FDR ni a Wallace, a Emerson ni a Melville, a Poe ni a Pearl Buck, a Emily Dickinson ni a Archibald McLeish. Tenía pasion antimperialista. De ahí le cogieron a veces los prosoviéticos para arrancarle adhesiones que siempre estuvieron limitadas por un decidido fervor democrático. Jamás don Joaquín fue desleal con nada, pero, además, nunca dejó de estar listo a acoger las palabras y ejercitar la defensa de Haya de la Torre, Betancourt, Eduardo Santos. En las páginas de su revista hubo siempre un rincón para el desterrado de cualquier país de América. Mantenía celosa guardia a las puertas de la Democracia. Fue atalaya de la Reforma Universitaria y del Aprismo. Creyó en la posibilidad redentora de Acción Democrática y de la Revolución Mexicana. Cultivó el arielismo en forma a la jineta: combativamente.

No tuvo Sandino mejor tribuna que el «Repertorio»; ni Guiteras, ni Baltasar Brum, ni Carlos Vicuña Fuentes, ni Lázaro Cárdenas. Don Joaquín escribía poco, pero mantenía abierto el ojo y lista la mano para escoger siempre lo mejor, adobándolo de vez en cuando con uno que otro comentario salado y breve de su generosa pluma. Comentario definitivo. Lápida memorable. Piedra miliar.

En diciembre de 1941, al estallar la guerra entre Japón y Estados Unidos, hablé con él, por primera vez, tras largos años de correspondencia interrumpida. El acababa de regresar de España, si no me equivoco; o si: me estoy equivocando: había ido a España años atrás a visitar a su hijo que profesaba Medicina allá. Este y su larga estada en Chile, siendo joven estudiante, fueron las dos únicas salidas de don Joaquín de su Costa Rica natal. No quiso salir nunca. En vano le invitamos entonces a un Seminario indispensable en Nueva York, y luego, a Lima, a Santiago, a Buenos Aires, a Caracas. Estaba pegado a su tierra donde, penoso es decirlo, se le conocía menos que afuera.

Don Joaquín había sido director de la Biblioteca Nacional, pero azares de la política lo redujeron a su querido cargo de maestro secundario. El faro de Centroamérica vivía en pobreza acrisolada y en modestia insuperable. Cuando nos abrazamos, la primera vez, en 1946, sentí cierta angustia americana de verle sin el atuendo oficial que le correspondía por derecho propio. Era presidente entonces Teodoro Picado, un intelectual de veras, mas las patrias chicas tienen eso de malo: les queda demasiado grande lo grande y les resulta incómoda la gloria de algunos de sus hijos. Sin embargo, don Joaquín me pidió que tratara al Presidente Picado con quien cené aquella noche. Don Joaquín, en compañía de varios intelectuales y amigos de Costa Rica, entre ellos un semiperuano, Carlos Fernández Mora, estuvo al día siguiente a preguntarme mis impresiones. Montaba guardia, repito, a la puerta de la dignidad de su pequeño gran país.

Una mañana, ya en nuevamente malos trances, pasé por el aeropuerto de San José. Don Joaquín que lo sabía, me esperaba, muy metido en su cuello corto y duro, su chaleco alto, su americana redonda, su aire abacial y penetrante. Me entregó números de su revista. La policía, entonces muy del ojo vivo á causa del recientísimo triunfo revolucionario de lás huestes de Figueres, quiso revisarme el paquete. Don Joaquín ardió de ira y vergüenza. Todo se solucionó en un segundo. Pero, «el tal García Monge» no absorbía la pericia. Me acompañó hasta la escalerilla del avión repitiendo paternales excusas a la policía de su tierra. Bondadoso maestro!

Tengo viva en la retina nuestro último encuentro, hace dos años y medio, naturalmente en San José. Acudió a una conferencia que yo dictaba en una Escuela, pero no quiso asistir a la de la noche anterior, que se realizó en la sede del partido liberación nacional, con asistencia e intervención del presidente Figueres. En realidad, lo digo con pena, como se lo he dicho a muchos costarricenses, algunos jóvenes, demasiado saturados de estadísticas e impaciencia, habían dado en la flor de disimular el recto-rado espiritual de don Joaquín en su país y en América, y a base de un trivial «nadie es profeta en su tierra» excusaban la insanable incomprensión a quién no cesó de dar honra y prestigio a su patria y a las nuestras.

Un día, allá por 1951, «Cuadernos Americanos» decidió rendir homenaje a don Joaquín en los setenta años de su edad. Quise escribir sobre sus cuentos y novelas y logré que me enviara las primeras ediciones, de que dí cuenta en el artículo respectivo. No sé qué me agradeció más don Joaquín, si el artículo o la devolución de sus queridas ediciones princepts. Tenía don Joaquín un estilo conciso, apretado y elegante. No desperdiciaba un vocablo; los ahorraba conceptistamente.

Avizor de todo libro, de toda revista, de todo artículo aparecido en América, guardaba ficheros monstruosos por su riqueza, cuyo paradero debería vigilar ahora la familia o la patria del «tal García Monge».

He leído que el gobierno del Perú, ahora, le iba a condecorar con la Orden del Sol. Debiera hacerlo aunque fuese póstumamente, como se hace con los vencedores, que lo fue don Joaquín, a su manera, muy con la nuestra. Además era necesario lavar la estupidez aquella de «el tal García Monge». Darle las gracias por su desprendido otorgamiento de toda su persona a la defensa de nuestra libertad y nuestra dignidad democráticas. Reconocerle sus servicios a la causa de la inteligencia continental.

Nos hemos quedado sin tribuna todos los sedientos de justicia y libertad en América. «Repertorio Americano» fue palestra de las mayores polémicas, pero sin permitir nunca insultos ni sombra de agravios. La figura de don Joaquín imponía respeto a los malquerientes. Para hacerlo se requerían tanto talento como bondad. Los tuvo a manos llenas don Joaquín. De él puede decirse ahora que emprendió el vuelo final, la frase de Martí sobre Cecilio Acosta: «cuando partió tenía limpias las alas».

(De "El Tiempo", Bogotá)

Un Apóstol de la Cultura: García Monge

Por *Max HENRÍQUEZ UREÑA*

Al morir Joaquín García Monge pierde la América española un apóstol de la cultura. Contaba ya setenta y siete años: había nacido en Costa Rica en 1881. Se inició a los dieciocho en las letras, glosando en forma narrativa temas folklóricos de su tierra; y en 1900 dió a la estampa su primer libro, *El moto.* Otros vinieron después, pero no era la de escritor su principal actividad: se había impuesto a sí mismo, desde temprano, la obligación de difundir la cultura en nuestra América mediante la publicación de libros que fueran de fácil adquisición y manejo, por su formato y por su costo, y si en algo podía importarle el producto de su venta era para tener los medios de imprimir otros más. Así nació y prosperó la *Colección Ariel*, iniciada en 1909. Poco después vino otra: *El Convivio*, a la cual se agregaron las *Ediciones Sarmiento* y las *Ediciones de autores costarricenses* (que incluyeron obras de Roberto Brenes Mesén, *Carmen Lyra*, Rómulo Tovar, Octavio Jiménez, Manuel González Zeledón y el propio García Monge). En esas colecciones, que debían incluir, según declaraciones de su editor, obras «de los buenos escritores de todas las naciones y épocas», abundaban los nombres de egregios representantes del pensamiento americano: José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julio Herrera y Reissig, *Almafuerte*, Leopoldo Lugones, Carlos Guido y Spano, Santiago Pérez, Enrique José Varona, Antonio Zambrana, Manuel Díaz Rodríguez, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Arévalo Martínez, Carlos Vaz Ferreira, José María Chacón y Calvo, José Vasconcelos . . .

Paralelamente a esa abundante labor editorial que tuvo resonancia y circulación en toda América, García Monge dió comienzo en 1919 al empeño que mayor relieve dió a su personalidad: la publicación del *Repertorio Americano.* Al amparo de ese título, que un siglo antes había ideado Andrés Bello para un intento semejante, García Monge se propuso recoger, día a día, las manifestaciones más relevantes de los hombres de pensamiento de nuestro tiempo en la América española. Con tino de maestro avezado a las buenas lecturas, García Monge tomaba, de los periódicos y revistas del Continente, todo lo que atesoraba superior interés para el pensar y el sentir de nuestra América. El *Repertorio*, que él hacía llegar a los escritores representativos de la cultura continental, era un guión o índice necesario para que los pueblos de América se conocieran mejor unos a otros. ¿Quién, de otro modo, podía estar *al día* en cuanto a las manifestaciones del pensamiento americano? ¿Podían llegar acaso a todas las manos las publicaciones periódicas de veinte países, para que cada lector, después de revisarlas, desentrañara de ellas lo más importante? Esa labor era la que realizaba García Monge para que los demás se beneficiaran con ella: clasificaba, valoraba, escogía; y desde las páginas del *Repertorio* echaba a volar el fruto de su rebusca . . . ¿Qué el sabio humanista ecatoriano Remigio Crespo Toral disertaba en la Universidad de Cuenca sobre temas de su predilección? Pues el *Repertorio* recogía su magnífico discurso, escrito «a la antigua y sabrosa manera», según comentaba García Monge al ponerle su aval, dándolo así a conocer a quienes, por no recibir periódicos del Ecuador, no habrían podido saborearlo. ¿Que un diario de provincia publicaba en Cuba un editorial sobre la destrucción imprudente de las reservas forestales? También lo reproducía en sus páginas el *Repertorio*, aunque, por su misma índole de artículo editorial, no lo respaldara firma alguna que hubiera podido influir en el ánimo del seleccionador.

El *Repertorio* vocero y acervo de la cultura continental, era un medio de comunicación y de información que se había hecho indispensable para cuantos quisieran conocer y aprecir el movimiento de las ideas en la América española: era algo así como un *clearing house* de la producción intelectual hispanoamericana.

¿No supone todo esto un trabajo capaz de abrumar a quien no tuviera la pericia excepcional de García Monge para desentrañar de la ganga inútil el oro puro? A su mesa llegaban periódicos y libros de todas partes, en copiosa profusión. García Monge, tijera en mano, seleccionaba, día tras día, lo que pudiera ser digno del *Repertorio Americano.*

Alguien dijo una vez—no creo que con torcida intención, sino admirativamente—que a García Monge debería erigírsele una estatua esgrimiendo una tijera en la diestra, puesto que la suya era «la primera tijera de América». Labor de tijera podía ser o era en efecto la de García Monge, ¡pero qué tijera pensante, que sabía depurar y valorar!

García Monge, según me dicen, sonrió al conocer la frase, que, cualquiera que fuese su intención o alcance, envolvía un cumplido elogio, pero no sin melancolía recordó que había publicado varios libros de su exclusiva y personal cosecha. Ahí estaba *El moto* (1900), su primer ensayo narrativo de la época juvenil; ahí estaba otra narración suya de los veinte años, *Hijas del campo* (1901); ahí estaba *Abnegación* (1902); ahí estaba también, obra de madurez, la colección de cuentos *La mala sombra y otros sucesos* (1917). Había pasado el tiempo y, consagrado al *Repertorio*, sólo rara vez producía algún artículo suelto. ¿Habían caído en el olvido, a causa de no haber perseverado en sus empeños de creación propia, aquellos libros suyos, que tuvieron su inspiración y su origen en el folklore y en las costumbres del pueblo costarricense?... Quizás, y por ello, Luis Alberto Sánchez escribió para *Cuadernos Americanos*, en mayo de 1950, un ensayo con este título: *Joaquín García Monge, novelista ignorado.* No era, sin embargo, un ignorado; sí en todo caso, un olvidado.

No merecía ese olvido. García Monge se cuenta entre los escritores costarricenses que mejor explotaron la rica veta del folklorismo nacional. En ese campo fué uno de los primeros en el tiempo y en la calidad. La primacía, en el orden del tiempo, parece corresponder a Manuel González Zeledón (1864–1936), el popular *Magón*, a quien se deben tan valiosas páginas de auténtico sabor local, aunque las ordenó y recogió tardíamente, y fué el propio García Monge quien se encargó de editar en 1911 un volumen encabezado por *La propia*, cuadro lleno de admirable verismo. También merece recordarse Claudio González Rucavado (1878-1929), autor de las animadas *Escenas costarricenses* (1906). Después vino María Isabel Carvajal (1888-1949), más conocida por su seudónimo de *Carmen Lira*, con sus encantadores *Cuentos de mi tía Panchita* (1920). editados también por García Monge.

Esos cuatro nombres son los que pueden ctiarse en primer término cuando se hable de literatura folklórica costarricense; pues el insigne Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) lo que hizo en sus afamados *Cuentos ticos* (1901) fué reproducir, ajustándose a un patrón muy siglo *XIX*—a

lo Valera—, la vida y las costumbres costarricenses, pero no se asomo a la terraza del folklore.

De esos cuatro narradores, que son los que con más acierto se nutrieron del folklorismo costarricense, el más ingenioso, a veces con su sal y picardía, fué *Magón*, el más objetivo, González Rucavado; el de más sentido poético, *Carmen Lira*; y el que mejor se destaca por su don de observación, sabiamente aprovechando hasta en mínimos detalles, García Monge. Páginas como su sencillo y sugestivo cuento *La mala sombra*, o su descripción de *Un domingo de ramos campesino*, o su retrato comprimido de *Tres Viejos* así lo acreditan, para no hablar de otros relatos suyos más extensos y acaso menos agudos en observación.

Otras actividades desplegó García Monge durante su útil y fecunda vida. Ejerció el magisterio con segura competencia, a la vez que con amor; y abogó por eficaces reformas en los programas de enseñanza primaria, como lo evidencia un proyecto que redactó en 1908, en colaboración con Roberto Brenes Mesén. Desde la cátedra de lenguaje y literatura que tuvo a su cargo un tiempo, despertó en las generaciones nuevas el entusiasmo por las grandes obras literarias y por el buen decir.

Ocupó durante tres lustros la dirección de la Biblioteca Nacional, que nunca estuvo en mejores manos. Fué Ministro de Instrucción Pública, aunque por breve lapso (de setiembre de 1919 a mayo de 1920), durante el gobierno interino del presidente Francisco Aguilar Baruquero, que tuvo por misión la urgente celebración de elecciones y el restablecimiento del orden constitucional después de derribado el régimen dictatorial de los Tinoco.

García Monge, a más de apóstol de la cultura, lo fué también de la libertad de pensamiento y del respeto a la dignidad humana. Las páginas del *Repertorio* eran una cátedra de moral política y de rectitud cívica. Sin alardes ni estridencias, García Monge fué el adversario decidido, en el orden internacional, de todos los imperialismos; y en el orden interno, de todo abuso de poder. En el *Repertorio* encontraron siempre acogida los que propugnaban nobles idealismos y amplias libertades. Más de una vez, esa conducta invariable provocó en contra suya injustificados ataques de los turiferarios que se humillaban ante mandones irresponsables. En cambio, la vasta influencia moral del *Repertorio Americano* le ganó homenajes muy señalados: la Sociedad de las Naciones, a poco de constituída, lo invitó a trasladarse a Ginebra para que observara de cerca la organización y los métodos de esa institución ecuménica. Sólo habían recibido antes distinción semejante unos cuantos hombres de significación mundial, entre ellos Bergson, que después de recorrer los distintos departamentos de la institución, fué quien apuntó esta observación: «Esto está muy bien, ¡pero se han olvidado de la inteligencia!», y así surgió la idea de establecer una comisión permanente de Cooperación Intelectual.

Ya en sus últimos años, después de la segunda guerra mundial, que tan hondo desconcierto ha dejado como secuela en todas partes, García Monge hubo de tropezar con situaciones conflictivas, que en ningún momento le hicieron declinar su actitud rectilínea en defensa de la libertad de pensamiento. El *Repertorio*, carente de la vasta circulación e influencia de otro tiempo, languideció y casi no podía sostenerse. Era apenas la sombra de lo que fué, aunque García Monge se empeñaba en mantener su vigencia siquiera fuese sin la periodicidad de antaño.

Su espíritu generoso se ha ido de este mundo envuelto en una niebla de angustia y de melancolía; pero deja tras de sí una huella fecunda y luminosa, por su apostolado de la cultura, que lo consagró como ciudadano de América, ya que nadie ha servido mejor a la América española; y deja también un alto ejemplo: su vida noble, íntegra, sin mácula.

(De «Carteles», La Habana).

El Benemérito García Monge

Por *Rafael HELIODORO VALLE*

El 31 de octubre último, América ha perdido a uno de sus hombres de pensamiento más representativo: el costarricense Joaquín García Monge. Pocos días antes (el 24 de octubre) el Congreso de su país lo había proclamado Benemérito de la Patria. Era un reconocimiento —algo tardío— de su inmensa labor intelectual, realizada durante toda su vida de escritor de más de sesenta años, pues ha muerto a los 77 de edad.

Escritor atildado, García Monge ha dejado páginas admirables en sus novelas *El moto* (1900), *Hijas del campo* (1901), *Abnegación* (1902) y *La mala sombra y otros sucesos* (1917) y en cuentos y relatos en los que describe personajes y sucesos de su país. Se había educado en Santiago de Chile y hacia 1920, al sobrevenir un gobierno dictatorial en Costa Rica, emigró a Nueva York. Pero fuera de esos dos episodios de su vida, una vez de regreso a su patria, no tuvo la tentación de salir nuevamente y se consagró en cuerpo y alma a su labor literaria y de difusión cultural.

Y fué por su espíritu libre y apostólico como logró elevarse a una altura única en el continente. En el mundo iberoamericano de las letras —desunido y egoísta— su figura fué un faro que brilló por su humanidad y su desinterés, por su espíritu justiciero y por su alta cultura. Tuvo siempre una generosidad ilimitada para todo aquel que se acercó a él en busca de aliento espiritual. Gran maestro, fué en una época rector de la Escuela Normal de Heredia, en donde figuraron después como sucesores suyos el también maestro y filósofo Roberto Brenes Mesén y Omar Dengo, dos hombres de letras costarricenses que también dejaron huella profunda en sus respectivos campos culturales. En otra ocasión fué ministro de Educación Pública y luego director de la Biblioteca Nacional de San José.

García Monge dirigió varias publicaciones. Fueron las revistas *La Siembra* y *Vida y Verdad* y más tarde su famoso *Repertorio Americano*. Y las bibliotecas *El Convivio*, *Ariel*, *Ediciones de Autores Centroamericanos*, *Ediciones Sarmiento*. En ellas se divulgaban las obras de autores principalmente de habla española, que García Monge consideraba indispensable difundir.

Repertorio Americano, fué fundado en 1919, y el primer número apareció el 15 de setiembre de ese año y ha perdurado hasta los momentos de su muerte. Tomó el nombre de la antigua revista que don Andrés Bello había publicado en Londres, hacia 1821. En ella García Monge reproducía artículos, poemas, estudios de escritores europeos e iberoamericanos que él juzgaba más representativos, revelando así al conocimiento de nuestras juventudes figuras de hombres de ideas y de acción. Con este hecho *Repertorio Americano* ha sido durante treinta y nueve años el mayor vehículo de cultura que ha habido en

Joaquín García Monge

Por *Moisés VINCENZI*

La muerte de García Monge ha conmovido profundamente, no sólo a Costa Rica, sino además a toda la América. Su *Repertorio Americano* fue una de las revistas mejores del Hemisferio por la amplitud de su programa ideológico y artístico y por la constancia con que supo servirlo durante cuarenta años. Pero, no sólo se contrajo este afán de publicidad americana al artículo de los mejores escritores de nuestras tierras: también a la presentación de grandes escritores de Europa, en particular de España. Por otra parte, antes de aparecer *El Repertorio* publicó García Monge *Colección Ariel*, *La Obra* y *El Convivio*, donde la juventud pudo apreciar obras de tipo clásico, antiguo y moderno. Cuadernos de Varona, de Leopardi, de Alfonso Reyes, de los hermanos García Calderón, de Olivares de Nicaragua, de Brenes Mesén, de José Martí, de Blanco Fombona, de Pedro Emilio Coll, de Manuel Rodríguez, gran estilista venezolano, del Duque Job, de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones y cien más. La juventud de aquel entonces tuvo oportunidad de conocer, por su medio, obras inolvidables y autores definitivos, que no habrían de olvidar nunca.

No solamente se dedicó en sus múltiples publicaciones a regalarnos con obra de grandes autores: además aprovechó especialmente *El Repertorio* con el fin de alentar a los jóvenes publicistas de todas partes. En este sentido se hizo un verdadero maestro, un cultor de las fuerzas nuevas que después habrían de florecer, en sus más fecundas formas, en todas partes. Los nuevos de Costa Rica y de América sintieron los espaldarazos del maestro, a distancias enormes y por esta razón su nombre se extendió de tal manera, que se hizo mundial. Nadie había alcanzado antes en Costa Rica una amplitud de prestigio más vasto y más entrañable, por más que fueran precisamente sus ideas de filósofo o sus obras literarias las que consiguieran la realización de este portento de milagro glorioso: el de ser conocido, respetado y amado en todas partes. Por otro lado, toda amistad intelectual que se fundaba con El Repertorio había de permanecer durante cuarenta años consecutivos de relaciones ininterrumpidas. Y así fué cierto lo que sostuve muchas veces en diversas partes: que jamás había realizado Costa Rica una propaganda más profunda y más sólida; y que bien podría considerarse, como valor monetario, en varios millones de colones. En efecto: Costa Rica no le paga, ni con el tardío Benemeritazgo, esta deuda fabulosa. Sin embargo, considero que el título de Benemérito, poco antes de morir, era lo menos que podíamos tributarle para no sentirnos oprimidos por ingratos con este hombre sencillo, heroico en sus grandes empeños y bueno siempre como ciudadano, como esposo, como padre, como amigo, como profesor, como publicista incansable.

No nos importó nunca el curso de sus ideas, aunque éstas fueran distintas a las nuestras porque su honradez fué el denominador común que las movió, de un modo o de otro, en el periódico, en la revista, en el libro, en el corrillo o en la cátedra. Como profesor su obra fundamental fué la de enseñar a leer a generaciones de estudiantes entre las que estábamos, para sólo recordar a unos pocos, Carlos Luis Sáenz, poeta magnífico; Rafael Estrada, lo mismo; León Pacheco, uno de los hombres más cultos que tiene actualmente el país; los primos Murillo, Lizano y tantos otros que alcanzaron a florecer, como Marco Tulio Salazar y otros, en diversos aspectos de la vida docente nacional. En *el Colegio de Señoritas*, en *el Liceo de Costa Rica* y en tantas otras partes, dejó temblando en todos los corazones su voz conmovida y sincera.

Entre sus grandes devociones americanas estuvieron todos nuestros clásicos: Hostos, Martí, Sarmiento, Sucre, Montalvo y otros tantos, al par de modernos como Vasconcelos y Caso que ya no dejamos de frecuentar nunca, después de la presentación condigna del maestro costarricense que acaba de abandonarnos.

el continente. Y todo esto hecho sin ninguna protección oficial, pues García Monge la costeaba con y si había un déficit lo satisfacía de su propio y escaso peculio, realizando él solo todo el trabajo de selección, composición y corrección de pruebas. La revista era obsequiada en gran número a los amigos del maestro y a instituciones de cultura de toda América. Su única preocupación era la divulgación del mensaje que iba en ella, porque al igual que Sarmiento tenía en mente que «educar era civilizar» y quería que ese mensaje llegase a todas las manos, sin ninguna preocupación remunerativa. Raro caso de desinterés y que presenta a don Joaquín como un verdadero propulsor de la cultura y del conocimiento en nuestro dividido mundo americano.

Quien hojee posteriormente la colección de *Reperto Americano* quedará admirado de la labor realizada por esa revista. Tabloide de sólo 16 páginas, se las componía don Joaquín para que quien la tuviese entre manos pudiese alcanzar una visión completa de lo que aparecía en el mundo. Pongo, por ejemplo, el sumario de un número del 18 de enero de 1930: un artículo sobre Goehte, cuyo año jubilar se había celebrado en 1929; el caso de Cuba, país dominado entonces por Gerardo Machado; otro artículo sobre Benito Pérez Galdós; unas páginas de Simón Bolívar sobre educación; poemas de un poeta nuevo chileno, Federico Manso y de otro argentino, Gervasio Espinoza; un cuento del peruano Serafín del Mar, titulado la leva, algunas cartas, un trabajo bibliográfico: No podía el lector negar que estaba satisfecho.

Será difícil que el vacío que deja García Monge en las letras del continente sea llenado en los momentos actualas en que cada día es mayor el egoísmo y en que el mundo está dividido en dos campos ideológicos, al parecer inconciliables. García Monge nos deja su ejemplo altruista y señero y por su labor en pro del mejor conocimiento entre unos y otros, por su amor desinteresado por la cultura, y por sus condiciones humanas de bondad, justicia y comprensión, merece ser colocado en la galería de santos laicos de nuestra América.

La pérdida de este hombre admirable causa duelo no sólo en Costa Rica y en los países de Centroamérica. Es pérdida continental, pues en todos nuestros países era conocido y apreciado por cualquiera iniciado en la cultura. Vasconcelos declaró una vez que fué el ejemplo de García Monge el que le sugirió la publicación de las obras que difundió cuando era secretario de Educación Pública de México. García Monge deja un modelo a todos los que creen luchar por la unidad espiritual iberoamericana.

Y he aquí cómo un país tan pequeño como Costa Rica ha podido producir a uno de los hombres de inteligencia más amplia y elevada del continente. Su memoria perdurará para siempre porque pasó por la tierra haciendo luz.

(De "Novedades", México).

El conferencista público se distinguió especialmente en el *Ateneo*, hace unos treinta años, cuando su gran animador don Justo A. Facio un escritor y poeta de los mejores que tuvo el país, le dió nuevos ímpetus a la Institución, hoy caída ya por falta del viejo entusiasmo que la hizo posible. Y acaso desplazada por la actual *Academia*, donde García Monge dejó vacío su asiento durante casi toda su vida, por razones que ignoro. De todas suertes, el catedrático engendró en él al orador claro, sencillo, pero fogoso, que tanto admiramos en todas partes, especialmente en La Escuela Normal de Heredia, al par del verbo encendido en fuego helénico de Omar Dengo y de erudición universal en Roberto Brenes Mesén, uno de los intelectuales más grandes que ha tenido, no sólo Costa Rica, sino nuestra América, por sus luces propias y sus letras. Sus profesores principales fueaon hombres de la talla del Lic. don Rómulo Tovar, el Prof. don Luis Dobles Segreda, don José María Orozco, don Daniel González Víquez, don Rafael Salas M., hoy Redactor de un periódico de la Librería Chilena, donde las letras campean lo mismo que en *El Repertorio*, gracias a él y al Sr. Perrín, periodista francés que lo sustenta y lo maneja en su compañía. Todo lo mejor del país en materia de letras tuvo que ver, lo mismo que en materia docente, con García Monge y Brenes Mesén. Los dos ilustres hombres tenían nexos políticos: eran casados con dos hermanas y ésto facilitó grandemente el entendimiento entre ellos, por más que Brenes pensaba en filosofía cosas diferentes a García Monge, quien se mantuvo siempre independiente en sus gustos y en sus prédicas a pesar de las más encontradas y más cercanas tendencias espirituales.

Fué al principio, poco después de haber venido de Chile, a principios del siglo, un tolstoyano: sus novelas de juventud —El Moto, Abnegación, etc.— están influídas en la técnica, por Pereda; y en la parte doctrinaria por dos corrientes contrarias: la de Tolstoy por un lado y la de Zolá por el otro. Era, pues, en ese entonces, un realista: jamás un retórico, ni un preciosista. Su costumbrismo —él inició el costumbrismo en Costa Rica con esas novelas— dan fe de su estética sincera y arraiga en el corazón de su pueblo.

Mucho más tarde siguió siendo costumbrista en *La Mala Sombra y Otros Sucesos*, pero ya de otra manera: más sobria, más condensada, más madura. Los cuadros de este librito son lo más firme que escribió García Monge.

Fué, en suma, más que un escritor, un gran divulgador de cultura, de alta cultura. Como hombre, una lección viva por su sencillez, por su bondad, por su corazón pacífico, por su voluntad de amor perenne. Fué un ciudadano intachable: jamás transigió con nada que no fuera digno de mérito. Una lección viva en todas partes: un costarricense a la antigua por sus costumbres y a la ultramoderna por sus ideas de avanzada, en cualquier dirección que fuera. Valiente para sostener sus ideas y sus más profundas convicciones como pocos. No creyó nunca en la ostentación, en la vanagloria, en lo que no fuera cosa auténtica. Por eso atraía el cariño de todos los costarricenses que lo trataron íntimamente y de todos los americanos que venían a visitarlo, en romería, a su casa.

Tuvo relaciones intelectuales con los mejores escritores del habla castellana. Todos le escribían en gozosa intimidad de espíritu. Si su correspondencia fuera recogida por nuestros universitarios y seleccionada inteligentemente, se realizaría una labor extraordinaria que revelaría más de un secreto de los lideratos americanos, ya muertos muchos de ellos. Y españoles. Por ejemplo, don Miguel de Unamuno mantuvo correspondencia constante con él. Diez-Canedo, también; y Madariaga; y Eugenio Dors; y Gregorio Marañón; y todos los grandes de España se relacionaron una y otra y otra vez, con él. De América, ni digamos. Todos los mayores escritores americanos tenían a García Monge como a un amigo cotidiano e invariable.

Creo sinceramente que esta correspondencia, de proporciones gigantescas, debe ser recogida por su hijo Eugenio Médico hecho en Francia— y por su esposa, intelectual ella misma reconocida por José Fabio Garnier como admirable y puesta en manos oficiales, universitarios o de otra clase, lo mismo que su gran biblioteca, que en mi opinión debe recoger y guardar y utilizar con esmero especial, la Escuela García Monge en Desamparados, su pueblo natal.

La carrera de García Monge es tan varia, tan modesta y tan fecunda a la vez, que será motivo, en lo futuro, de atentas reflexiones. Pero como quiera que sean juzgados sus diversos aspectos, quedará triunfando siempre en ella, una cosa inmortal: su pureza de espíritu; su trabajo incansable por las cosas buenas y bellas: su entrega a los mejores ideales del hombre: la libertad de los pueblos y el mejoramiento de los humildes sobre todas las cosas.

Es, en verdad, cosa bella haber vivido así, para morir, al fin, en gracia de todos los hombres amantes del Bien y de la Belleza.

(De "El Noticiario", San José).

Ante el féretro de García Monge

Aquí estamos, maestro amado, los que un día te encontramos en la Escuela Normal de Costa Rica para seguirte toda la vida. Aquí estamos, los que al conjuro de tu voz, hicimos la promesa de vivir para servir.

Los que hemos visto tu ejemplo, edificante y heroico, no hemos claudicado nunca, porque no podríamos haber sido tus discípulos, si nos hubiéramos apartado de la línea de conducta que tu índice maravilloso nos señaló.

Con nosotros están los exponentes más altos de la cultura, de la lealtad, de la lucha por la libertad y el ansia eterna de superación.

El país entero, se habría volcado sobre San José, si de tu partida se hubieran enterado todos los que durante un cuarto de siglo, han leído el *Repertorio Americano*, tu gran tribuna.

Maestro, lo único pequeño para tí en este mundo fué el escenario en que te tocó moverte. Costa Rica fué demasiado pequeña para tí, pero la América Latina te seguía con devoción. Perú, Chile, Ecuador, Colombia y Venezuela fueron tus devotos.

Ahora, junto a tu cuerpo inerte, pienso en el homenaje, que otrora los intelectuales del país llevaron a cabo, con la cooperación de un gran venezolano, auténticamente demócrata al cumplir el *Repertorio Americano* 25 años de vida. Te entendieron y te amaron más los extranjeron que los ticos y te vas ahora sin haber recibido una sola herida inferida por los que en Sur América, en Méjico y España, supieron a conciencia tu valor en el campo de las letras, de la docencia y de las luchas políticas.

Los pobres de espíritu te negaron tus méritos y te regatearon el título de Benemérito de la Patria; pero el pueblo costarricense, tus discípulos, los hombres de verdadero mérito y la Asamblea Legislativa te otorgaron ese título profundamente consternados.

Al despedirte hoy, sentimos que se nublan los ojos, se anuda la garganta y un frío de muerte recore la columna del continente; pero recogemos, como los caballeros del Santo Grial, lo que de ti aprendimos para mantener vivos los principios indeclinables de la dignidad humana.

Tus enseñanzas, tu ejemplo, tus palabras y tus obras, quedan entre nosotros y seguiremos sembrando y cultivando para que los que vengan detrás de nosotros recojan y siembren y así hasta la consumación de los siglos, porque nadie puede matar las ideas.

Divino sembrador de ideas, aquí estamos, como cuando en la Escuela Normal estuvimos a tu lado al ser destituido por el delito de ser leal al gobierno legalmente constituido.

Cuando la calumnia hincó su garra sobre tu carne de lirio, estuvimos a tu lado. Cuando España te recibió como madre amorosa y te honró, estuvimos a tu lado. Y ahora, como ayer, te decimos una vez más: Maestro no sembraste en terreno estéril, no luchaste en vano, ni has muerto. Ahora, comienzas a vivir. Ahora los que te atacaron se silencian y descubren ante ti respetuosamente. Ahora los niños de la Escuela que lleva tu nombre comienzan a estudiar tu vida y tus obras.

Mañana, en todas las escuelas de Costa Rica se pronunciará tu nombre con santa unción, se elevará una plegaria y puesta en tierra la rodilla, se pedirá por el descanso de tu alma.

Maestro, yo no te dejaré descansar, yo te pediré que me ayudes a luchar contra las dictaduras de izquierda y de derecha, que hagas que me mantenga en posición erecta y firme en mis convicciones.

Ilumina mi camino, no me desampares, guíame y no descanses. Tu norma fué la lucha por la libertad de conciencia, por la igualdad de derechos y la justicia social. Estamos en la arena. Necesitamos tu apoyo y tu luz. En América hay mucho que hacer. No descanses, maestro, hasta que no haya caído la última de las dictaduras de este continente que tanto amaste.

Corina RODRIGUEZ LOPEZ

Dentro de la madeja de afanes y de amargas inquietudes en que vengo desenvolviendo mi vida —ya tan desdibujada!— no fué sino hace unas dos o tres horas que me enteré de la muerte de mi querido amigo Don Joaquín García Monge. Lo explico así para que se excuse que no traiga frente a su féretro, no unas palabras más o menos sonoras —porque esas realmente nunca me han preocupado y hasta podría decir que me sobran— sino unas ideas un tanto mediatadas como las merece, sobradamente, este gran señor y querido amigo que vivió por ellas y para ellas y a quien venimos a devolver al seno de la tierra que él tanto amara, defendiera y prestigiara; y hasta para que las gentes devotas del protocolo social —que yo desconozco tan profundamente— no me censuren mi traje claro y hasta mi corbata pintoresca.

Acabo de decir que Joaquín García Monge fué un querido amigo mío, y ello es exacto. Comencé a sentir estimación por él desde que tuve el privilegio de ser su alumno de Castellano y de Psicología en aquel Liceo de Costa Rica de Salinas —ay! tan distante de éste—allá en los primeros años del siglo; y comencé a estimarlo porque en mi intuición de niño comprendí que aquel no era un Profesor corriente: es verdad que lo ungió Pedagogo el Instituto Pedagógico de Chile, pero este Instituto no hizo más que robustecer las alas de una vocación de educador, de maravilloso promotor de cultura de que vino dotado al mundo en su hogar campesino. Y esa amistad se afianzó cuando, años más tarde, empecé a sentir su ayuda y su estímulo —que era otra de sus modalidades— en mis tareas de intelectual como Profesor, como orador, como periodista, como escritor.

Lamento que se le haya traído al Cementerio tan de prisa: si hubiera habido posibilidad de realizar esta inhumación veinticuatro horas después, al lado de su ataúd, se habrían contado muchos, pero muchos miles de personas que habrían venido a despedir al costarricense —por excelencia y casi por antonomasia— humilde, afable, cariñoso, bueno, tolerante, comprensivo y generoso, el tipo del tico que hemos añorado en las horas cruelmente sombrías que hemos vivido hace poco y que infortunadamente pueden retornar.

Los que hemos tenido la oportunidad de trasponer nuestras fronteras hemos de recordar que por allá, a cuatro o cinco mil kilómetros de esta Necrópolis, muy pocos, por no decir que nadie, nos preguntaron por los renombrados santos laicos de nuestro calendario cívico; la pregunta que escuchamos, lo mismo en Méjico que en los países de nuestra querida hermana Centroamérica; en La Habana como en Bogotá y en Lima; en La Paz como en Buenos Aires y en Santiago, fué la de: Cómo está García Monge? y qué hay del *Repertorio Americano?*

El querido amigo García Monge hizo por Costa Rica y por su eficaz y limpio conocimiento en el mundo lo que no realizó jamás— y la afirmación lleva tono categórico—ningún otro compatriota.

Y toda esa labor: Profesor, editor a través de más de media cnturia, Director de la Biblioteca Nacional, Ministro de Educación, conferencista, conductor de juventudes, fué llevada a cabo con una humildad, una generosidad y una perseverancia que fueron el sello y la característica de su noble y luminosa vida. Tenemos —ya siquiera!— algo que agradececerle a esta Asamblea Legislativa: el Benemeritazgo que le otorgara un día de estos al maestro de América; sólo que las multitudes y las colectividades son profundamente malagradecidas —y la Asamblea es apenas representativa de esa multitud o de esa colectividad— pues cuando resuelven realizar un homenaje como el a que acabo de referirme, pareciera que desean anunciarlo con tonos de campana funeral y lo rinden, en la mayoría de las ocasiones, sobre la propia almohada de un moribundo que ni puede darse ya cuenta del honor que le ha sido conferido.

Sentimos, ahora que venimos a despedir en su viaje sin retorno y a dejarlo durmiendo su sueño sin vigilias al amigo respetado y querido, que se va un Alfonso Reyes o un Antonio Caso o un José Vasconcelos de Méjico; o un José Martí o un Enrique José Varona de Cuba; o un José Ceciilo del Valle o un Alberto Masferrer de Centroamérica; o un Rufino José Cuervo o un Baldomero Sanín Cano de Colombia; o un Andrés Bello o un Rufino Blanco Fombona de Venezuela; o un José Enrique Rodó o un Rafael Barret de Uruguay; o un Ricardo Rojas o un Leopoldo Lugones de Argentina.

Nos vamos quedando solos: los buenos; los útiles, los generosos se van. Quién orientará por los mares de Corinto de la espiritualidad y de la entereza moral ese bajel espléndido que es «*Repertorio Americano*»?. Los buenos, los útiles, los generosos se van. Dónde están los sustitutos? Yo, el más optimista de los optimistas —como lo era el Maestro García Monge— no veo claro adónde iremos a parar por el camino en sombras que tenemos al frente.

Hagamos, como el mejor elogio y la mayor demostración de cariño a este gran costarricense que venimos a despedir, un voto que salga de lo más hondo y lo más entrañable de nuestras almas: el de que nos empeñaremos en seguir la ruta —que era la de un fulgente sol— de Joaquín García Monge. No es tan simple como pudiera parecer su cumplimiento: sólo podemos formularlo y cumplirlo aquellos a quienes no nos tiente la fiebre del oro y pensemos que la mayor gloria, y podríamos decir que la mayor riqueza, es luchar sin descanso y sin tregua por la cultura, por la libertad, por la justicia y por el bien, que fueron las normas de su vida.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

PAGINA LIRICA

Para don Joaquín García Monge

Por *Thelma SOLANO C.*

Maestro!

Maestro de maestros; quiero decirle algo, que me sale del puro corazón!

Quiero que sepas, maestro, que no me causó extrañeza el honor que la Patria hoy te concede.

Tú, Benemérito de la Patria hoy, has sido Benemérito mil veces, en nuestros corazones!

Tu benemeritazgo es mundial . . . lo tienes ganado con tu ejemplo, tu dulzura, tu honestidad, tu intelectualidad y sobre todo, por esa obra inmortal de unir las mentes del Universo, en una cadena de paz espiritual, con amalgama de poesía, música y colores.

La filosofía de tu vida es elocuente: humildad... y más humildad!

Tu sencillez de nazareno resiste las pocas, las insignificantes piedras del camino, de ese tu camino lleno de luz para iluminar senderos de oscuridad intelectual para nosotros los ciegos de sabiduría . . . y así nos creemos maestros!

Qué dulzura es al pronunciarla: Maestro! Qué pocos merecemos ese título!

Y ahora te dirán: Benemérito maestro! Salud!

Yo te diré siempre: Maestro, bendito seas tú que nos enseñas a llevar ese título con devoción y dignidad!

Maestro, tu «Repertorio Americano», es tu tea; con ella, eras Benemérito de las Letras; por ella está viva la libertad de expresión de los cantores del amor, de la justicia y de todo lo bello del mundo!

García Monge, costarricense de nacimiento y ciudadano del mundo en sus ideales.

Maestro, la Patria progresa . . . los hombres en su mayoría ya reconocen tu labor . . . tu diferente y sutil labor que otros no realizaron para ser Beneméritos de la Patria; yo te saludo y te repito:

Maestro! Benemérito del mundo!

(De "Mujer y Hogar", San José)

Este Santo Joaquín García Monge

Por *Isaac Felipe AZOFEIFA*

(Envío del autor)

De hoy en una eternidad, en la infinita luz, para siempre,
en su gloria de santos laicos.

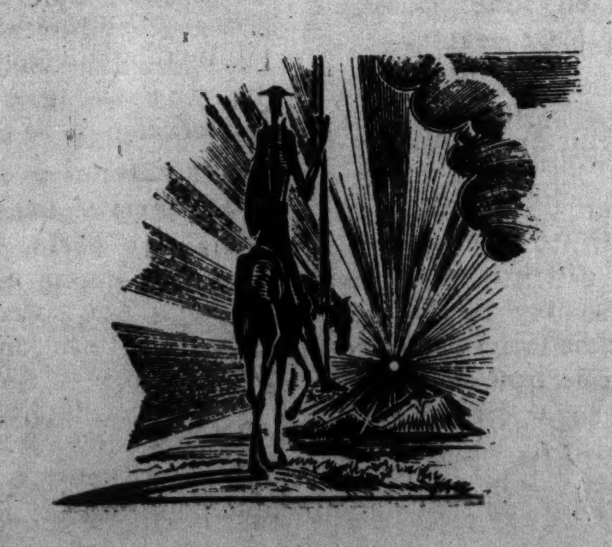
(Oh, San José Martí, el heroico,
y Santo Domingo Sarmiento! Oh vendavales
de palabras proféticas y pólvora!)

Pero este don Joaquín García Monge era
un santo triste. Le dolía por dentro
el campesino, el obrero. Le dolía
la noche amarga del mundo. Le habían dado
hiel para su sed, el centurión político
y el fariseo inmemorial aposentado en la escuela.

Sin salir de su casa y de su calle, iba
por toda la tierra haciendo amigos,
repartiendo su pan, su fe en que las ideas
claras, altas, como estrellas girando sin descanso,
guían el paso del hombre. Por eso era
como un gran molino de aspas celestes que cortaba
angustiado este viento brutal que se derrumba
sobre el mundo.

Muro, bastión, bandera, pan, camino,
abierta mano, llama viva,
voz clamantis, pecho herido,
hombre hermano del hombre,
San Joaquín García Monge,
Sin salir de su casa y de su calle
hacía su milagro.

Cierra el libro en silencio;
la voz, el paso apaga,
—Oh, maestro contrito, oh, estudiante!—,
para sentir el vuelo del santo hacia su cielo.
Porque a todos nos duele su partida y sentimos
un alto árbol que se rompe,
un faro que se hunde en las olas,
una mano que suelta nuestra mano,
y más muerte en nosotros que en su muerte.



Una Luz que se Apaga: Joaquín García Monge

Por *Alvaro BONILLA LARA*

La muerte de don Joaquín García Monge, acaecida en su ciudad natal—San José de Costa Rica —una semana atrás, es una pérdida de incomparable magnitud para su patria; pero es, además, un duelo para la América española. Porque, sin lugar a dudas, su *«Repertorio Americano»* ha sido, durante treinta años, el más bello pabellón de nuestra cultura, avanzada intelectual de un mundo que piensa, aún en medio de la execración de muchas dictaduras.

García Monge fué el más alto exponente intelectual de Costa Rica en lo que va corrido de este siglo. Alumno distinguido en humanidades, fué becado para estudiar en el Instituto Pedagógico de Chile, donde se graduó en los últimos años del siglo pasado. Volvió a la patria a ejercer su magisterio y allá compartió las inquietudes del educador con los afanes del escritor costumbrista. Entre 1900 y 1902 publicó tres novelas cortas que abrieron el surco de un género que tuvo, en aquellos años, muchos cultores, algunos de gran mérito. Pasó por todos los cargos docentes de importancia del país, dejando en todos un recuerdo que sus alumnos jamás olvidaron. Una vez, sólo una, las circunstancias lo llevaron a la política y prestó su cooperación como Ministro de Instrucción Pública en un gobierno de saneamiento nacional, que el país requirió en 1919. Su última actuación en la Administración Pública fué la dirección de la Biblioteca Nacional, a la que se consagró por varios años.

Pero, si sus compatriotas vemos en él, fundamentalmente, al educador cercano a la perfección, los hispanoamericanos sólo piensan en el infatigable animador que fué y que llenó de luz, por años y hasta el instante en que la muerte cerró sus ojos cansados, el cielo intelectual de América. Por más de medio siglo, sus publicaciones de divulgación fueron inagotable fuente de placer para cuantos, en español, aman la belleza; surgiendo, al final, ese magnífico *«Repertorio Americano»*, que, aparte de la devoción espiritual que le valió a su autor, ha constituído el más alto galardón de la historia intelectual de Costa Rica.

Y si se admira el hecho inusitado de que una revista de esta especie haya vivido por tantos años, la admiración ha de trocarse en asombro si se sabe a ciencia cierta que su creador fué un hombre que jamás tuvo fortuna, ni pensó en formarla, costeando de su magro bolsillo los primeros gastos y respondiendo por aquellos que jamás alcanzaron a cubrirse. A aquel hombre bueno y humilde entre todos, le bastaba su inmenso escritorio siempre en desorden y colmado de libros y papeles; y se sentía feliz estrechando los lazos de amistad entre todos los hombres de América que se ponían al alcance de su corazón.

Poco antes de morir contra los deseos de su modestia, alcanzó a recibir el máximo honor que Costa Rica otorga a sus hijos: el Congreso, sin distinción de partidos políticos, declaró que había merecido bien de la patria, otorgándole el título de Benemérito, que no han alcanzado, en un siglo, más de veinte de sus compatriotas.

Los años vividos y la educación recibida en Chile se grabaron profundamente en su corazón. Quería apasionadamente a este país y lo admiraba sin reservas, porque lo conocía a fondo, pues nunca perdió contacto con él. Era la luz que había iluminado su estudiosa juventud y por eso la respetaba con pasión y con fervor.

Y, sin embargo, aunque alguna vez deseó á discurrir por la Alameda santiaguina que guardaba en su memoria,

Recordando . . .

Por *Victoria de DORYAN*

(Envío de la autora)

Cuando se habla de don Joaquín García Monge, cada uno de sus amigos cree que es algo suyo, muy particular, que su amistad era algo muy especial . . . mas en realidad, don Joaquín fué de todo aquel que lo buscó.

Cierro los ojos y me pongo a recordar . . . Cuál es la primera imagen que tengo de don Joaquín? Desde mi más tierna infancia lo oía nombrar en mi casa. Había sido compañero de estudios en Chile de uno de mis tíos; había sido profesor de mamá y fué siempre amigo de papá . . . así que no puedo precisar desde qué momento entró a formar parte de mis recuerdos de niña.

Ya de adolescente empecé a visitarlo muy de tarde en tarde en busca de algún libro o de algún dato para mis tareas de colegiala. Siempre me recibió con su sonrisa benévola y su paciencia infinita. Comencé realmente a valorizarlo cuando ingresé a la Escuela Normal. ¡Cuántos consejos de Metodología, cuántos datos interesantes de Pedagogía o de Historia de la Educcación bebí de sus labios!

Durante las vacaciones, después de haber terminado mis estudios en Heredia ¡Qué hermoso curso de «Literatura Infantil» recibí con don Joaquín!

Se abrió la Universidad . . . entré a Letras y Filosofía y entonces cuán a menudo hube menester de su ayuda. Con qué espontaneidad abrió las páginas de «Repertorio Americano» para que publicara allí mis primeros versos.

Y sigo recordando . . . en la trayectoria de mi vida siempre encuentro al maestro dispuesto a escucharme, a alentarme, a guiarme.

Hasta la coincidencia de haber sido el primer costarricense a quien conociera mi esposo, al ingresar a este país. Digo coincidencia y realmente no lo fué, porque esta nuestra patria se ha dado a conocer en el resto del mundo tanto por su café y sus mujeres, cuanto por la figura egregia del ilustre desaparecido.

Pasan los años . . . cuando mi hijo Eduardo Augusto cumplió cinco años, le anuncié que lo llevaría a conocer a un gran hombre; y desde entonces ¡qué amistad más encantadora prendió en el alma del anciano y del niño! Tardes pasadas en la finca del doctor García Carrillo en que todos disfrutábamos de la paz del campo y del calor de la conversación en el seno del hogar.

Cuando pasaba algún tiempo sin acercarnos por la casa del gran publicista, era mi hijo quién me lo recordaba. —Mamá, hace días que no vamos a donde don Joaquín ¿por qué no pasamos esta tarde un ratito?

El día en que murió esta gloria de América, quisimos mi esposo y yo, que nuestro hijo Eduardo Augusto asistiera a sus funerales, para que pueda guardar en su mente de niño, las proyecciones de esta alma grande, generosa y pura.

Victoria de DORYAN

San Miguel de Santo Domingo, 9 Nov. 1958

pasados los años resistió esa tentación. Tiempo atrás, en circunstancias en que me era posible hacerlo venir a respirar, siquiera de paso, los aires chilenos, sondeé su ánimo. No se atrevió a aceptar. Ya no vivía ninguno de los que habían sido sus maestros; estaban dispersos por todos los caminos de la vida, quienes fueron sus compañeros, la ciudad colonial que lo albergó de joven, iba muriendo bajo el Santiago moderno que se elevaba. ¿Sintió ese sagrado temor de volver a los campos inefables de la niñez o la juventud? ¿Temió que, a despecho del éxito clamoroso que, sin duda, habría acogido al creador de «*Repertorio Americano*», fuese otro, totalmente desconocido, el ambiente que había de rodearle? No sé; pero en aquella su cortés evasiva para responderme, había más de la cortedad de un niño que de la madurez esplendorosa del hombre. Fué aquél, quizás, el último canto de amor a este país que brotó en su intimidad, por más que su acendrado cariño por Chile surgiera a cada paso de su pluma, rota y callada hoy, mientras llora su patria y visten de luto, con justicia, las letras hispanoamericanas.

(De «El Mercurio», Chile).

La Lección de Don Joaquín

Por *Abelardo BONILLA*

Al homenaje oficial y al reconocimiento que se hizo de la obra de don Joaquín García Monge, siguió la muerte del maestro, como si el destino hubiese querido darles a aquellos actos de humana justicia el sello de una consagración definitiva. Y en ésta recordamos la vida noble y fértil de don Joaquín, reflejada en su obra, con un sentido de emulación y de ejemplo, como una lección viva y plena de sugestiones que no debe ni puede perderse en el olvido del tiempo y de la indiferencia, porque la vida y la obra, en este caso, fueron justamente una lucha excepcional contra el tiempo y contra la indiferencia tan propias a nuestro medio.

Lo que nos sorprende en la vida de García Monge es la fé que abrigó en los valores de la cultura y el optimismo inquebrantable con que los mantuvo y los difundió. Sin esa fé sería inexplicable la intensísima obra editorial que llevó a cabo y la energía sobrehumana —para nuestro ambiente humano— con que mantuvo su prestigiosa revista; sin ella también sería imposible comprender su afán de educador, no únicamente en el campo de la educación oficial y sistemática, sino también en la «universidad» íntima, valga la paradoja, que fué siempre su sala de estudio, ya en la Biblioteca Nacional o ya en su casa de habitación; sin ella, en fin, no entenderíamos la vastísima obra de crítica y de estímulo que llevó a cabo por tantos y tantos años.

Dijimos en alguna oportunidad que era igualmente sorprendente, para quienes lo conocimos de cerca, la diferencia de planos psicológicos que se aprecian entre su vida y su obra. Su fé en los valores americanos, su vasta obra de publicista, su esfuerzo en pro de la educación de los campesinos y el entusiasmo con que impulsaba a quienes se acercaban a él en busca de consejo, inclinaban a ver en su espíritu un optimismo dinámico; en cambio, su obra literaria de creación parece dominada por una concepción pesimista de la vida. Personalmente lo explicamos como un efecto de contraste. En la obra hay una cierta veta religiosa, que procede quizá de la influencia de Tolstoy y del amor por las gentes y las cosas del campo, y lo que aparece como pesimismo, que es más bien tristeza, puede no ser otra cosa que callada protesta contra la injusticia social, no expresada conceptualmente.

No fué extensa su obra de creación literaria, y con ser decisiva en nuestras letras, no le atribuyó él mayor importancia. Esto ha engañado a quienes valorizan la acción del hombre exclusivamente por sus productos objetivos de apreciación inmediata. Pero fué extraordinaria, en extensión, profundidad y efectividad, su obra cultural, tanto en Costa Rica como en América. Y es en esta obra —tanto más heroica y dinámica cuanto que es impalpable para el sentido vulgar— donde se afirma la lección de don Joaquín García Monge.

(De «La Nación», C. R.)

Don Joaquín

Por *Alejandro AGUILAR MACHADO*

(Envío del autor)

Maestro en el más amplio sentido de la palabra, lo fué en su vida fecunda y en la placidez de su muerte.

Su vida es una perenne dación de amor. Del amor a que alude constantemente El Evangelio; este amor cuyo verdadero significado debe buscarse en el lenguaje fosforescente de los helenos, para quienes el amor es la caridad en el más elevado y auténtico de los significados. Porque de veras, la caridad no es sólo suministrar el recurso material a quien lo necesita; es, ante todo, trasmitir la luz del conocimiento a quien aspira a ella; prender la cultura en el espíritu que vive entre tinieblas y, finalmente, consolar con la palabra que estimula el ánima atribulada o el sér que desfallece en las garras del dolor. Todo ello hubo de constituir un permanente ideal en el vivir del Maestro García Monge.

Amó al niño y al adulto; al hombre de letras y al humilde campesino. Para todos tuvo frases, muchas frases de estímulo, de hondo y cordial afecto.

Su vida ejemplar, surtidor de renovada inspiración para los educadores, nos ofrece convertido en haz resplandeciente, lo que hubiera sido paradoja inexplicable, en un temperamento diverso del suyo. Amar a la patria chica, Costa Rica, con el más profundo amor criollo, y ser, al propio tiempo, antena de las mejores causas de esta América, tan querida para él como la pequeña tierra nuestra.

En esta proyección ideal del concepto de patria encuéntrase sin duda, el secreto de sus más puros y delicados ensueños.

La Condolencia de Arturo Capdevila

Muy distinguida señora de García Monge:

Que llegue a Ud., entre todas las voces consternadas que deploran la desaparición de ese prócer de la cultura de América de quien fué Ud. dignísima compañera, la expresión de mi dolor más sincero. Se acaba de ir un guardián de la democracia, un custodio de la libertad, un sacerdote de la unidad de nuestro Continente. ¡Y qué grande y constante educador!

Conste, Señora, mi tribulación profunda.

Arturo CAPDEVILA

Buenos Aires, 3 XI 58.

La Condolencia de Cristián Rodríguez

Nueva York, 14 de noviembre de 1958.

Mis queridos amigos, doña Celia y Eugenio:

Me ha maltratado tanto la infausta noticia de la pérdida que Uds. y todo el país han tenido con la desaparición de Don Joaquín, que he tenido materialmente paralizada la voluntad. Una amiga muy dilecta, que me escribió hace algunas semanas y que lo era también de nuestro Don Joaquín, en contestación a una manifestación de pésame me decía que tenía la impresión de «que todas las personas del drama habían hecho su último mutis», y que los que sobrevivimos lo hacemos por tolerancia del destino. Eso me dió mucho que pensar, porque en efecto gran parte de las personas que hemos querido más y respetado más se han ausentado para siempre. Sin embargo, no sé porqué— quizás por considerarlo parte integrante de lo más íntimo del país, sin quien casi es inconcebible la patria— no pensé en Don Joaquín. Y ahora se ha ido también, cuando todavía podía habernos acompañado unos dos o tres lustros más. En la impresión de los que hemos sido sus amigos, Don Joaquín tenía *dos* edades naturales. Como comenzó a figurar desde edad muy temprana teníamos al principio la impresión de que era un hombre de edad muy madura cuando lo conocimos. En mi caso, sabía mucho de él desde que cursaba en Liberia, en 1909, el Quinto Grado. Tendría Don Joaquín entonces escasos 28 años, y sin embargo era un nombre familiar en todos los ámbitos del país, y su fama la habían esparcido no sólo los maestros que estudiaron en San José y lo habían conocido personalmente y disfrutado de sus consejos y del aliento de su comunicativo entusiasmo, sino que había trascendido al gran público, que acaso sabía poco de sus méritos intrínsecos, pero para el que la armoniosa y singular combinación de esos dos apellidos — García Monge — tenía un mágico atractivo. Precisamente en algunos de los escritos periodísticos míos que andan por ahí regados, que apareció por ahí de 1950, recordaba cómo mi cariño por las letras, en la infancia, fué inspirado indirectamente por Don Joaquín.

Mi maestro de Quinto Grado, Edgardo Baltodano Briceño, era un fiel devoto de Don Joaquín, porque como estudiante de la Sección Normal del Liceo de Costa Rica había aprendido Pedagogía y estudiado Literatura bajo su dirección. Pues bien, ese maestro, Baltodano, tuvo la buena ocurrencia de prescindir de la rigidez de los programas oficiales, según los cuales el Castellano, más que aprenderse debía inventarse mediante los escasos recursos del propio alumno, escribiendo composiciones sin sentido. Tan arbitrarias eran esas tareas que llegamos hasta ver con temor los «paseos escolares al campo», porque sabíamos que después del placer de que pudiéramos disfrutar de esa manera venía el ineludible castigo, que lo era en verdad, de tener que escribir una composición sobre el paseo, sin que nadie haya podido determinar qué beneficio puede sacar un muchacho con esa clase de ejercicios. Edgardo limitó esos suplicios a lo indispensable para decir que acataba los programas, y lo que hacía en cambio era leernos de los libros que le había recomendado Don Joaquín, y uno de ellos, que mucho nos deleitaba, era «El Libro de las Tierras Vírgenes» (traducción de «The Jungle», de Kipling). Recuerdo que un día, ante la expectación que había creado su práctica de leernos en voz alta, sacó de la gaveta un tomito encuadernado y nos leyó la Historia del Príncipe Feliz, de Oscar Wilde, admirablemente traducido al español. Algunos curiosos nos acercamos a la mesa del maestro y supimos por primera vez qué era una revista literaria. El cuento se había reproducido en un tomito de la Colección Ariel, una de las labores más fecundas de Don Joaquín, y fué así como aprendimos que había en San José un señor que hacía revistas y se llamaba J. García Monge. Ojeando el tomito vi, y lo recuerdo como si lo estuviera viendo, el retrato de un viejo de amplia frente y largas barbas, con ojos de hipnotizador, vestido con un traje muy extraño. Era el Conde León Tolstoi, uno de los genios literarios que admiraba mucho Don Joaquín y que, en cierto modo, fué quien lo dió a conocer en el país. Nunca he podido volver a leer el cuento del Príncipe Feliz en español, y a pesar de que de eso hace 49 años, tan hondo efecto produjo ese cuento en mi imaginación que todavía recuerdo frases enteras de la traducción, con sólo una vez que escuchamos leer esta joya literaria. Por supuesto, después he leído el cuento muchas veces en inglés y he podido así gustar de la belleza de esa prosa rítmica. Hace dos años, como regalo de cumpleaños, me compré yo mismo un disco de ese cuento, recitado por el notable actor inglés Basil Rathbone. Y cada vez que leo o escucho ese cuento de Oscar Wilde pienso en mi gran amigo, que también me hizo conocer a Ruskin y a tantos otros de los autores que más me satisfacen.

No puedo resignarme ni puedo escribir más por ahora, porque a pesar del esfuerzo que hago por sobreponerme los ojos se me empreñan de lágrimas.

Los abraza entre tanto este desconsolado amigo y en este recuerdo cariñoso me acompañan Marta, Manuel y mi suegra.

CRISTIÁN

La Razón de una Encuesta

. . . Al mismo tiempo, el Consejo (Universitario) comentó la importancia que para el buen nombre del país y, en general, para la cultura de América, tendría el que no se interrumpiera la publicación de «El Repertorio Americano», y acordó proponerles a su señora madre y a usted la siguiente idea:

La Universidad estaría dispuesta, mediante los arreglos que ustedes juzgasen convenientes, a hacerse cargo de la publicación y la dirección de «El Repertorio Americano», manteniendo para el mismo la línea de absoluta libertad para todas las ideas que le imprimiera el recordado don Joaquín.

De convenir ustedes en un arreglo de ese tipo, la Universidad organizaría en la forma más adecuada posible la dirección y publicación de «El Repertorio», confiándolas a catedráticos y escritores de alto renombre; y procuraría ponerse en contacto con todos los suscritores y colaboradores de la publicación, explicándoles su nuevo status, y el deseo de la Universidad de Costa Rica de hacer del nuevo «Repertorio Americano» una fiel continuación del fundado y con tanto cariño mantenido por largos años por el Profesor García Monge.

(De una carta del Sr. Rector de la Universidad de Costa Rica, Lic. Rodrigo Facio).

INDICE DEL TOMO L

AUTORES Y ASUNTOS



REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA



..."y concebí una federación de ideas."—E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

"Entre los individuos como entre los pueblos el derecho al respeto es la paz." B. Juárez.

"Bárbaros, las ideas no se matan",—repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar.

Dibujo de *J. Ml. SANCHEZ.*
Idea de *E. G. C.*

AL [illegible]CIO DE LAS IDEAS Y DE LOS IDEALES

